

RALPH BARBY

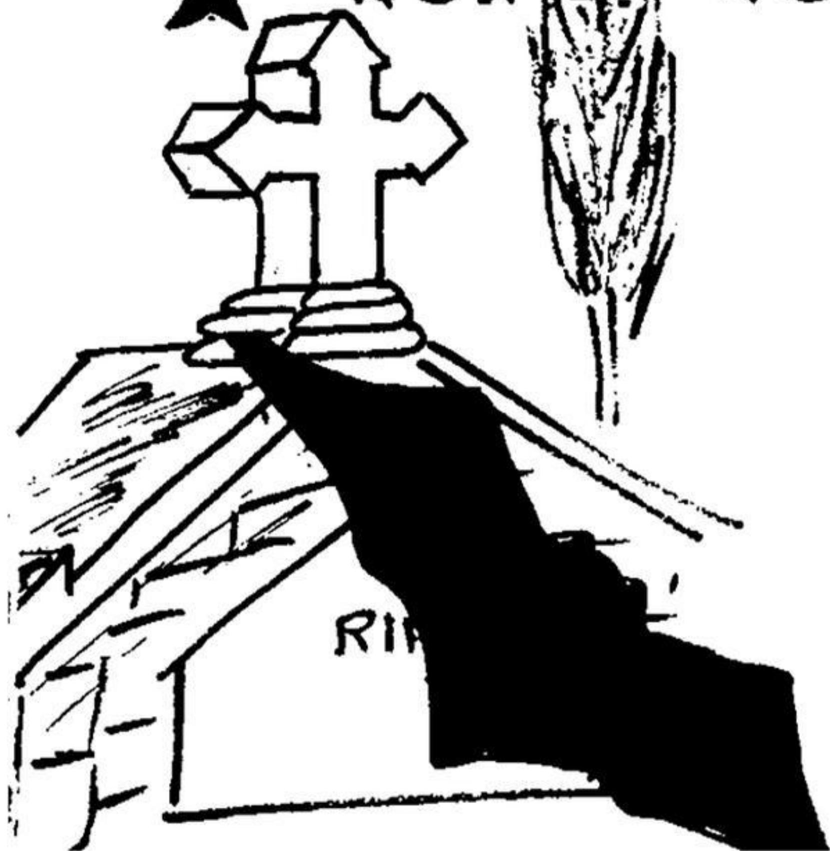
14

RESIDENCIA DE CASTIGO



escalofríos de

TERROR



RALPH BARBY

RESIDENCIA DE CASTIGO

colección
Escalofríos TERROR nº 14



EDICIONES OLIMPIC S.L.
Apdº Correos nº 9428
08080 Barcelona

ISBN 84-7750-049-5
Depósito Legal: M-14.404-1988
1ª edición: junio 88
1ª edición en América: diciembre 88

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Ediciones Olimpic S.L.
Fotomecánica LOSER S.A.
Imprime FUTURA GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPITULO PRIMERO

—¡Yo invito! —gritó, eufórico.

Los dos militares, sentados a la misma mesa que George H. Warner, le miraron riéndose.

Sin duda alguna, Warner había bebido. Los militares también, pero aguantaban el alcohol mejor que él.

—Muy bien, que invite —aceptó el teniente Twig dando un puñetazo a la mesa de madera, oscura y llena de cortaduras, causadas a lo largo de los años por navajas, cuchillos e incluso sables de militares.

—¡Miradme bien! —pidió George H. Warner —. ¡Soy rico!

—Magnífico —aplaudió burlón el teniente Ousel—. Los ricos están para pagar. Mi hermano es rico, pero jamás invita a nada.

—Los militares tenéis una paga segura —fue diciendo George Warner muy ampuloso. Sus ojos enrojecidos por el alcohol le daban un aspecto envejecido pese a que era joven, apenas veintisiete años — Pero yo jamás me haría militar, jamás. —¿Por qué no? —preguntó el teniente Twig —¿Acaso porque eres un cobarde?

—¿Cobarde yo? —Esta vez, quien se rió sarcástico fue George Warner— No, yo nunca sería militar porque no quiero obedecer a nadie, soy rico y aunque las mujeres digan que el uniforme favorece al hombre, para mí os hace repetitivos.

—¿Repi... qué? —preguntó el teniente Ousel con la jarra de cerveza en su mano.

—Repetitivos, quiero decir que sois uno igual a otro. Miraos al espejo, hasta lleváis el mismo bigote, parecéis hermanos gemelos y si ahora apareciera un coronel, os moveríais igual y diríais las mismas tonterías de “sí, mi coronel", "a sus órdenes, señor" —dijo, teatralizando la imitación.

Los dos oficiales se miraron, dudando entre si debían enfadarse con aquel civil o echarse a reír. Optaron por lo último.

—¿De veras eres rico? —preguntó Ousel tras sorber media jarra de cerveza y golpear con ella sobre la mesa.

—Sí, y cuando el viejo se muera, lo seré más.

—¿Cómo cuán rico eres?

—Pues, ni lo sé —dijo George Warner que, pese a su juventud, mostraba bolsas azuladas bajo los ojos y un rostro demacrado. Todo él estaba delgado y aquella delgadez le hacía parecer más alto de lo que en realidad era—. Sé de algunas cosas que poseo, pero no todas. El viejo es muy celoso con sus propiedades y no se fía ni de sus hijos, pero acabaré heredándolo todo.

—¿Cuántos hijos sois? —preguntó Twig.

—Dos, sí, dos, pero como si fuera uno. Mi hermano siempre anda lejos, se peleó con el viejo y lo mandó a la mierda.

—¿Que lo mandó a la mierda así por las buenas? —preguntó el teniente Twig, sorprendido y al borde del estallido de risa.

—No conocéis a mí hermano. Muy orgulloso, muy suyo, pero al mandar a la mierda al viejo se jugó la herencia y ahora, el heredero soy yo, por eso los usureros me fían y puedo darme la gran vida.

—Pues, brindemos por ti —propuso Twig alzando su jarra.

Frente a él, el teniente Ousel levantó también su jarra, pero objetó:

—Yo la levanto por tu hermano, que tiene más agallas que tú.

—¡Pues, por mí y por mi hermano! —brindó cínicamente George Warner.

—Después de beber, lo que hemos de hacer es escoger una buena moza de las de por aquí —rió el teniente Twig alargando su mano para pasarla por las nalgas de una rubia y maciza camarera. Esta saltó hacia delante, luego se volvió y al ver el uniforme azul, lanzó una risita.

—¡No, no! —exclamó George Warner— Esta noche sois mis invitados y os merecéis algo mejor.

—¿Mejor, qué hay mejor que una hermosa mujer? —preguntó el teniente Twig.

—Vosotros sabéis poco de mujeres porque siempre andáis de cuarteles, de destacamentos y de viajes. Cuando un estómago está hambriento cualquier plato le parece bueno y hasta excelente, pero cuando un estómago está ahíto, entonces, entonces se sabe escoger lo mejor.

—¿Y qué es eso mejor que tú tienes? —preguntó el teniente Ousel.

—Venid conmigo, ya os he dicho que sois mis invitados: Dos estómagos hambrientos vestidos de azul con botones de metal y sable reluciente.

Dejó caer dos monedas de oro sobre el tablero de la mesa y enfiló hacia la salida envolviéndose con su capa y encasquetándose la chistera de color tabaco. Tras él, los dos militares se guiñaron mutuamente un ojo, había complicidad entre ellos. Esperaban culminar una noche de diversión a costa del que creían un fanfarrón.

—Seguidme —pidió, ya en la calle adoquinada y brillante por una densa humedad que se pegaba hasta a las paredes. La callejuela era estrecha y se retorcía en líneas quebradas. No había sido trazada la calle y luego edificadas las casas sino al revés: Levantadas las casas a lo largo de siglos y trazado después la calle.

—Allí está mi berlina. —George gritó para llamar la atención del cochero— ¡Zaqui!

El cochero estaba medio adormilado en lo alto del pescante, encogido sobre sí mismo, ocultándose dentro del grueso abrigo que tenía el cuello muy grande y alto. Sacudió la cabeza y miró a quien acababa de interpelarle.

—Señor...

—Llévanos a Wood House.

—¿A Wood House ahora, señor?

—Sí, date prisa.

—Sí, señor —asintió el cochero.

Los dos oficiales de artillería y el propio George H. Warner subieron a la berlina. Cuando hubieron cerrado las portezuelas, el carruaje se puso en marcha sobre el empedrado de la calle. Dos caballos de pelaje oscuro halaron con fuerza haciendo resonar sus cascos herrados sobre el adoquinado de la ciudad y poco después, sobre la carretera.

—De modo que hasta tienes coche propio —se burló el teniente Ousel.

—Tengo varios carruajes. Mi padre los usa poco, está en una silla de ruedas y le disgusta salir de casa.

—¿Tu casa es esa Wood House a la que ahora nos dirigimos? —

preguntó el teniente Twig.

—No. Wood House es una propiedad que compró mi padre o mejor diría, que consiguió en uno de sus negocios. Cierta gente no podía pagar y mi padre se quedó con ella. Cuando muera el viejo, Wood House será mía también.

—¿Y qué hay en esa mansión que nos pueda divertir? —preguntó Ousel. Su cuerpo, al igual que el de sus compañeros de viaje, se movía al vaivén del carruaje.

—Mi padre puso un negocio que jamás se me hubiera ocurrido a mí, un negocio muy especial.

—Estás espoleando nuestra curiosidad. ¿Qué negocio puede haber lejos de la ciudad? —inquirió el teniente Twig que repartía las preguntas con su compañero de armas.

—Es una sorpresa, ya lo veréis, pero debéis prometerme que luego no vais a contar nada, que no os iréis de la lengua.

—Prometido —se rieron los dos militares.

—Maldita sea, me apetece un trago ahora —gruñó George Warner cuando ya llevaban casi una hora de viaje, sufriendo vaivenes por pésimas carreteras iluminadas por una brillante luna.

De un escondrijo del interior del carruaje, George Warner sacó una botella de whisky con la que sorprendió a los militares. La levantó en el aire ya descorchada y preguntó:

—¿Qué es lo mejor de este mundo?

—¡Las mujeres! —exclamaron al unísono los dos oficiales.

—Pues, a eso vamos —dijo George, bebiendo directamente de la botella. Luego, la pasó a los militares.

El carruaje se detuvo. George H. Warner sacó la cabeza por la ventanilla para preguntar:

—¿Qué sucede, Zaqui?

—Señor, hemos llegado, pero la puerta está cerrada.

—Por eso no te preocupes, yo voy a abrirla —dijo el propio George.

La puerta era una verja de hierro que cerraba un muro de piedra de unos cuatro metros de altura.

Caminando con escasa seguridad debido al alcohol y al traqueteo del viaje, George Warner fue hasta la verja. Introdujo la llave en el hueco de la cerradura, la hizo girar y abrió la doble hoja de hierro forjado.

—¡Adentro, adentro! —ordenó agitando la mano y el brazo.

Cuando la berlina se hubo introducido en la propiedad, el propio George H. Warner cerró la verja.

El coche se detuvo al fin frente a la fachada principal del gran caserón que apenas podía verse debido a la oscuridad de la noche. No había luces encendidas y la luna semejaba haberse escondido tras las enormes copas de los árboles.

—Vosotros bajad y tú, Zaqui, espera aquí hasta que salgamos.

—Sí, señor —asintió el cochero dispuesto a obedecer todas las órdenes que le dieran, más por servilismo congénito que por no perder el empleo.

—Hum, esto parece bastante grande —opinó el teniente Ousel.

—Alguien de mi familia tiene un caserón semejante —comentó el teniente Twig—, pero en invierno hace mucho frío dentro.

—¿Y cuál es el negocio que hay en este caserón aquí en mitad del bosque? —preguntó el teniente Ousel, perplejo.

—Vuestras preguntas pronto hallarán solución. Ahora, abramos esta puerta y no hagáis ruido, aquí dentro hay gente durmiendo y es mejor pillarlas por sorpresa.

—¿Pillarlas? —cuchicheó riendo el teniente Ousel— ¿Son mujeres?

—Phsss... —Warner pidió silencio abriendo la puerta del caserón y haciéndoles entrar.

Cerró tras de sí dejando afuera al cochero.

El interior del caserón no estaba a oscuras como los dos militares habían supuesto y tampoco hacía demasiado frío.

Se notaba que la chimenea había estado ardiendo durante horas y conservaba brasas que durarían hasta que a la mañana siguiente fueran limpiadas y cargada nuevamente de leños.

El teniente Ousel dio una mirada aprobatoria a su alrededor.

—No está mal este caserón, no está mal.

—Fue una casa señorial, pero el viejo no ha querido gastar demasiado dinero en restaurarla, ha hecho lo mínimo. Después de todo, no hay aquí recuerdos de la familia Warner. La familia que vivía aquí lo perdió todo hasta la desaparición física de todos sus miembros.

—¿Hasta el último? —preguntó el teniente Twig.

—Sí, hasta el último, tuvo una muerte espantosa, pero mejor no

hablemos de eso ahora, hemos venido a otra cosa. Venid, venid y no hagáis ruido o las vamos a despertar…

Llenos de complicidad y seguros de que se iban a divertir, los dos militares le siguieron. Al llegar ante una vieja estantería que se hallaba junto a una puerta, George Warner tanteó en lo alto hasta encontrar lo que buscaba.

—Aquí la tengo, es la llave del santuario.

Abrió la puerta y entraron rápidamente en aquella estancia que se hallaba a oscuras y olía a pinturas al óleo.

George Warner raspó un fósforo y buscó una lámpara en el lugar donde sabía iba a encontrarla, lo que demostraba que no era la primera vez que estaba allí.

Cuando hubo encendido el quinqué de petróleo lo alzó para iluminar mejor en torno suyo.

—Mirad, mirad las paredes y decidme si no es lo más bello que habéis visto jamás.

Podían verse once óleos colgados por las paredes, once cuadros en los que había pintadas otras tantas mujeres jóvenes y hermosas mostrando sus cuerpos en total desnudez.

Las había sonrientes; otras, serias. Todas tenían los cabellos largos y sueltos, dejados caer sobre sus hombros, espaldas o pechos. Sobre sus blancos vientres destacaba nítidamente la silueta oscura de un diminuto dragón.

—¿Qué os parece? Hermosas, ¿verdad? Parecen vivas —dijo Warner que paseaba la luz del quinqué por delante de los lienzos para que pudieran ser vistos mejor por sus dos invitados.

—¡Qué bellezas! —exclamó el teniente Twig.

—Seguro que se os está calentando el cuerpo.

—¿De dónde has sacado estos cuadros? —quiso saber el teniente Ousel.

—Estas mujeres las ha pintado una magnífica pintora amiga mía, una mujer que, de haber sido hombre, sin duda habría triunfado en el mundo de la pintura.

—Hay que admitir que esa mujer tiene una espléndida imaginación —dijo Twig.

El otro oficial corroboró:

—Todas son hermosas y distintas a la vez.

Sus rostros, las líneas de sus cuerpos, los pechos, el vello del

pubis... En nada son iguales, pero todas bellísimas. ¡Qué imaginación!

—No es imaginación, esas mujeres existen.

—¿Y dónde están? —preguntaron al unísono los dos militares.

—Arriba. —George señaló con el pulgar hacia arriba— En cada habitación hay una, son las huéspedes de esta mansión.

—¿De verdad están arriba?

—Sí, cada una de ellas durmiendo en su camita.

—¿Y no hay hombres? —preguntó el teniente Ousel, incrédulo.

—Son mis invitadas y vosotros, mis invitados. Si sois cuidadosos y no armáis bronca, podéis despertar a alguna, nadie va a molestaros, pero sólo un ratito, luego hay que abandonar la casa. Si se entera el viejo, se va a enfadar muchísimo.

Los dos oficiales no pudieron oír las últimas palabras de Warner, tenían prisa por llegar a su objetivo y conquistarlo, clavando en ellos el mástil de sus respectivas banderas.

Cuando Warner, algo tambaleante por el alcohol ingerido, iba a salir de aquel santuario de óleos en los que había tanta belleza, apareció ante él una mujer de cabellos rubios cubierta por una larga bata. Su rostro reflejaba suma contrariedad.

—George, ¿qué haces aquí? ¿Quiénes son esos soldados?

—Son oficiales, Jennifer, dos tenientes —aclaró con voz barbullante.

—Sabes que no debes traer a nadie, que no pueden recibir visitas o habrá problemas —recriminó la mujer que había rebasado ya la frontera de los treinta años.

—Bah, si a ellas les gustará, están demasiado solas.

—Estás borracho.

—Sólo he bebido un poquito. Yo también voy arriba, mi amada pintora.

—George, eres una criatura. ¿Cuándo cambiarás? —le cogió el rostro y le dio varios besos.

—Voy arriba —repitió él— También tengo derecho a seleccionar una buena fruta.

—Tú no comerás más manzana que la que yo te dé. George, George, tendrías que casarte conmigo. Soy algo mayor que tú, pero tengo la inteligencia, decisión y autoridad que tú necesitas.

—Jennifer, eres maravillosa, maravillosa...

La mujer lo sacó del salón de los óleos y cerró la puerta con llave, guardándose ésta.

Avanzaron por el corredor. George H. Warner se dejaba llevar.

Escucharon un grito femenino, luego otro más corto, después nada.

George, que se había detenido, siguió caminando hasta ser introducido en la confortable alcoba de Jennifer Pilson, directora de Wood House.

Allí, Jennifer, muy mimosa y solícita, comenzó a desnudarlo. La cama todavía conservaba el calor del cuerpo femenino.

CAPÍTULO II

—¿Qué hora es? —preguntó George con una exclamación.

Frente a él estaba Jennifer Pilson vestida correctamente y con actitud seria, casi de reproche, muy en su papel de gobernanta.

—Casi las diez y media, la niebla se ha levantado ya.

—Dios mío, si mi padre se entera de que he estado aquí se va a armar, yo quería marcharme de madrugada. Tendré que salir disimuladamente.

—¿No preguntas por los militares?

—¿Militares? —repitió George como si no comprendiera.

—Sí; además de borracho, viniste con dos oficiales.

Con la palma de la mano, George se golpeó la frente.

—Es cierto, me había olvidado de ellos. ¿Se han marchado ya?

—Están esperando que tú les veas.

—¿Y?

—Tú los trajiste, George, no debiste hacerlo.

—Sí, claro, no debí, estaba borracho, a veces bebo un poco para olvidar.

—¿A tu padre?

—Sí, eso, a mí padre.

—Tu padre ya es muy mayor, deberías pensar en una mujer que te acompañe en el duro camino de la vida, una mujer con carácter que sepa llevar una residencia como ésta y otros negocios.

—¿Conoces tú a esa mujer?

—Sí.

—¿Y quién es?

—La mujer con la que has dormido esta noche y que te ha aguantado la borrachera.

—¿Tú?

—Sí, ¿por qué no? —respondió ante la aparente sorpresa del hombre.

—Eres mayor que yo.

—Sólo unos pocos años y eso no es malo. Tú necesitas una compañera y en ocasiones, a alguien que te guíe.

—Eres muy hermosa y tienes un carácter de hierro, la verdad es que llegaría a confiar en ti, pero mi padre jamás consentiría esa boda.

—Tu padre morirá pronto y tú eres su heredero. El no podrá impedirte nada, tú serás el amo de todo.

—Por favor, Jennifer, olvida todo esto. No me gusta que una mujer se me declare ni que me diga que me he de casar con ella. Estoy harto de recibir órdenes.

—No seas estúpido, George, te estoy preparando para que seas tú y no otro el que tome las decisiones. Yo estaré a tu lado para apoyarte y darte valor.

—¡Basta!

Los ojos verdes de Jennifer Pilson, gobernanta y directora de la residencia, se empequeñecieron. Había algo de amenaza en su actitud, pero George no la miró a los hermosos y temibles ojos, no la miró porque la temía. Prefirió bajar la vista, mirar hacia sus propias manos para rehuir el desafío.

—George, será mejor que te vistas enseguida, tus militares te están esperando. —Sí, claro, ya voy. He de marchar de aquí, estaría borracho cuando decidí venir.

—Sí, muy borracho —ratificó ella— Por otra parte, tampoco es la primera vez que vienes, hasta ahora no has encontrado ninguna mujer como yo, y te seguiré demostrando que soy la que más te interesa.

—No hables tanto, me aturdes —dijo, abandonando la cama para vestirse bajo la mirada irónica de Jennifer que le estaba tratando como a una pupila residente, dominando la situación.

Cuando estuvo vestido, salió de la alcoba de la gobernanta donde había digerido forzosamente su borrachera, lo que no dejaba de ser algo habitual en él.

—A ver dónde están esos militares. No recuerdo ni qué cara tienen.

—Los recordarás en cuanto les veas.

Jennifer Pilson condujo a George Warner hasta la puerta que daba acceso a lo que el propio George consideraba el santuario de

las pinturas.

—¿Ahí dentro están? —preguntó casi incrédulo— Creí que no permitías que nadie entrara ahí y menos los hombres.

—Tú entraste aquí e hiciste que ellos también vieran mis pinturas. Pasa.

Abrió la puerta. Dentro había tres lámparas de petróleo encendidas que daban suficiente luz para ver con claridad. Los óleos seguían colgados en las paredes mostrando la belleza de las jóvenes residentes pintadas por la directora, pero en el suelo había dos cuerpos: Los dos oficiales con los uniformes desabrochados.

El teniente Twig se hallaba boca abajo sobre un charco de sangre y con su espadín hundido en la espalda. El acero brillaba a la luz de los quinqués bajo los ojos impasibles de las venus de los cuadros que mostraban sus opulentas desnudeces.

Pero, mayor impresión causaba el también teniente de artillería Ousel: Boca arriba, con su uniforme azul de botones dorados, tenía las manos crispadas frente a su cuello, los dedos sucios de sangre, los ojos abiertos, vidriosos, y la boca igualmente ensangrentada. ¿Era acaso la muerte quien le había causado aquella horrible impresión? Su espadín estaba allí con él, como incapaz de abandonarle.

El arma de acero que marcaba su rango de oficial le atravesaba el cuello de lado a lado. Le había entrado por encima del hombro derecho y después de cortar venas y arterias, de atravesar la tráquea, aparecía un palmo de hoja sucia de sangre por el lado contrario, encima del hombro izquierdo.

—Dios, ¿qué es esto?

Jennifer Pilson parecía totalmente recuperada de cualquier susto o estupefacción, se mostraba dueña de sus nervios.

—Son tus invitados, George —silabeó., _ ¿Mis invitados? ¡Dios, los han asesinado!

¿Quién ha sido?

—Lo ignoro, pero vas a tener muchos problemas para explicar este suceso. No debiste invitarlos a que subieran a violar a las internas.

—¿Violar? —repitió como alucinado, casi incapaz de pronunciar la palabra, asustado hasta tal punto que se le veía temblar y ello daba mayor seguridad a la bella directora de aquella singular

residencia tan alejada de la ciudad.

—Sí, tú los trajiste borracho. ¿No lo recuerdas?

—Sí, sí, los traje, los conocí en una taberna, pero esto, esto...

—Los militares te harán muchas preguntas que no podrás responder, te encerrarán y luego te ahorcarán. Me temo que no te van a dar ni el consuelo de un fusilamiento, te colgarán.

—Pero, ¿qué dices, qué dices? —gritó, cogiendo a Jennifer por los brazos y agitándola.

La bella gobernanta no perdió los nervios pese a la violenta agitación del hombre.

—Te van a acusar a ti de estos dos crímenes y ni tu padre podrá ayudarte.

—¡Pero yo no he sido, ha sido otro, otro, le cogerán a él!

—No, nunca —dijo ella sin dudar, sin alzar la voz, con una seguridad que hizo cambiar el rictus del rostro de George Warner que se la quedó mirando muy interrogante.

—¿Y cómo lo sabes?

Jennifer Pilson se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada y de que nadie iba a poder oírles.

—Esta mansión convertida en residencia por tu padre, tiene, tiene... —Dudó en el momento en que iniciaba su explicación, como temerosa de no ser creída.

—¿Qué es lo que tiene, di?

—Un ser extraño, un fantasma.

—¿Fantasma? ¡Qué tontería!

—Algunos podrían llamarle espectro o espíritu. No sé cómo explicarlo, pero existe, debes creerme, existe.

—¿Tú lo has visto con tus propios ojos?

—Lo he presentido.

—¿Cómo?

—Sé que está en la residencia. Cuando por las noches paso por los corredores, capto su presencia, es como si oyera su respiración, como si notara su energía cerca de mí. Precisamente en más de una ocasión, al pasar por delante de la puerta de esta estancia que guarda los óleos de las muchachas desnudas, he notado que estaba aquí, le gusta permanecer encerrado en este lugar.

—¿Y cómo lo notas? —preguntó, incrédulo y temeroso a la vez.

—Noto como una energía casi fosforescente.

Su figura se perfila a través de la madera como si ésta fuera de papel y al otro lado, donde ahora estamos nosotros, hubiera mucha luz. No sé cómo explicarlo, pero también sé que sólo yo he notado su presencia, pues nadie más me ha dicho nada.

—¿Y no le temes?

—Al principio, mucho, pero no tenía a quién confiarme. Decidí que no debía acosarle y convivir, puesto que a mí me interesaba este trabajo de directora de la residencia y si él pertenecía a la casa como un espíritu, no se iba a marchar. Poco a poco lo fui soportando y dejé de temerle.

—Pues si dices que él ha cometido estos crímenes, es muy peligroso, debes de tenerle miedo.

—No —respondió con una seguridad que George no llegaba a comprender.

—¿Por qué no?

—Porque estoy segura de que a mí me protege. Si alguien levantara la mano contra mí, creo que él atacaría como el más feroz y entrenado de los perros guardianes.

—¿De modo que te sientes protegida por un fantasma criminal?

—Dentro de esta residencia, sí, y creo que las chicas también están protegidas. Estos militares las atacaron y ya ves lo que les ha sucedido. Ahora, he de avisar a la policía.

—¿La policía? —brincó.

—Sí, y la policía no cree en fantasmas. Tú los trajiste, tú eres el culpable.

—No es posible, no puede ser, me volveré loco. Yo estaba borracho, sí, pero no he matado a nadie y tampoco creo tu historia sobre ese fantasma desconocido, no puedo creerla.

—Gritando eso, le darás la razón a la policía. A ti te vieron salir borracho de la taberna con estos dos oficiales. El cochero dirá que los trajiste aquí y luego...

—No, no es posible que a mí me suceda eso, no es posible. —Se derrumbaba por momentos, los labios le temblaban mientras su mirada buscaba ansiosamente los ojos verdes de Jennifer —. Ayúdame, ayúdame.

—Mi pobre niño, sí, tengo que ayudarte —le dijo abrazándole, palmeándole la espalda— Verás, tengo una idea...

—¿Una idea, cuál? ¡Dime!

—Salgamos de aquí. Sólo tú y yo hemos visto estos cadáveres, vamos a mí despacho.

Se dejó llevar. En aquellos momentos, George había perdido su voluntad. Jennifer cerró bien el santuario de los óleos de las chicas desnudas, ahora manchado de sangre por aquellas dos terribles muertes, y se llevó al joven a su despacho, encerrándose con él.

Descorrió los pesados cortinajes y dejó que la luz de un día mortecino entrara por los cristales de las grandes ventanas.

—George, si te comprometes a casarte conmigo, yo solucionaré este asunto.

—¿Casarme contigo? Sabes que mi padre no va a aceptar.

—Sabré esperar hasta que Dios quiera llevárselo consigo. Entonces, en el plazo máximo de un mes tras el entierro de tu padre, habrás de casarte conmigo.

—¿Y cómo puedes estar segura de que cumpliré ese trato?

—Porque ahora redactaré un documento que firmarás y si llegado el día te niegas a cumplir tu parte del pacto, yo haré valer ese documento.

—¿Un documento, qué clase de documento?

—Espera, ahora lo redactaré. Ya sabes que para mí no es difícil escribir.

Sacó papel y una pluma de ánade teñida en rojo carmesí. Destapó un tintero, humedeció la larga pluma en él y comenzó a escribir con letra muy bien alineada, una letra clarísima que no incitaba a error alguno.

—Pero, ¿qué estás escribiendo aquí?

—Cuando termine lo firmas y ya está.

—Esto no puedo firmarlo, es una confesión. Firmar ese papel sería como confesar que soy culpable de esas dos muertes.

—Así es, George —asintió— Este documento me excluye a mí del crimen, yo sólo lo he descubierto y bajo amenazas, he tenido que callar.

—¡Eso no es verdad, Jennifer! —protestó, entre indignado e incrédulo.

—Ya lo sé, pero debo protegerme, tú mismo has dicho que no podía estar segura de que cumplirías el pacto.

—Es que ni siquiera he aceptado ese pacto.

—Firma esto y es como si lo aceptaras. Te conviene, George, te

conviene. No querrás que cumpliendo con mi deber llame a la policía.

—No, no, a la policía no.

—Claro que no, George, no iban a creer en tu inocencia y mucho menos en un fantasma. Este documento sólo es una seguridad para mí, te estoy protegiendo. ¿No te das cuenta? Te estoy protegiendo —insistió convincente—. Cuando te cases conmigo, no te arrepentirás. Yo te guiaré bien en los negocios, sabes que entiendo de eso más que tú, por ello tu padre me puso al frente de esta residencia para señoritas díscolas. Conmigo podrás vivir la vida que desees, el dinero siempre será tuyo y el cerebro, mío. En el mundo en que vivimos, a quien se respeta por su inteligencia, por su carácter, por su forma de hacer negocios, es al hombre, y tú seguirás siendo el hombre, sólo que yo estaré detrás de ti aconsejándote al oído. Vamos, firma.

Le puso la confesión delante, mojó la pluma que colocó entre sus dedos y cogiéndole la mano trató de guiársela porque George se resistía, no tenía el carácter pragmático de Jennifer y mucho menos el de su padre.

Jennifer era una mujer muy especial, con talento para dirigir y por otra parte, muy dotada para el arte, así quedaba patente en aquellas pinturas que ella llevaba a cabo, según sus propios comentarios, para relajarse, para sentirse más espiritual, para liberarse del tedio del trabajo cotidiano que la envenenaba.

—Eres maravilloso, George. —Le besó en la mejilla cariñosamente y con voz muy suave pero sin soltarle la mano que sostenía la pluma, le dijo—: Yo haré desaparecer esos cadáveres y nadie sabrá jamás que han estado aquí, el demonio se los habrá llevado consigo. Hay muchos recovecos en esta residencia donde poder hacer desaparecer esos cuerpos y tú podrás seguir tu vida como si nada hubiera ocurrido.

George H. Warner, débil de carácter pese a sus continuas quejas contra su padre que quizás le conocía mejor que el propio George se conocía a sí mismo, firmó y la confesión desapareció rápidamente de su vista.

En pocos segundos se encontró con un vaso de whisky en la mano que la mujer le preparó para que se recuperara y que él bebió hasta las heces.

CAPÍTULO III

—Te casarás con míster Fullton, hija.

Sisely alzó más su mentón. Era muy joven, orgullosa y decidida. Su carácter rebelde le había causado ya muchos problemas, lo mismo dentro del seno de su familia que en la escuela de señoritas de la que fuera expulsada pese a que su padre había movido influencias para que así no sucediera.

—Lo siento, padre, pero no puedo amar a ese hombre.

Donald Ransell, que había estado sentado tras la mesa escritorio, como despachando asuntos de negocios con su hija, se levantó y rodeó la mesa forzando una sonrisa, una sonrisa que su hija, que le conocía bien, sabía presagiaba tormenta.

—Siempre has sido muy terca, Sisely, pero has de entrar en razón y pensar como una mujer adulta. Te casarás con míster Fullton.

—No, padre, no puedo amarle.

—¿Y quién te ha dicho que puedas amarle? Te estoy hablando de matrimonio, hija, de matrimonio. Si luego viene el amor, mucho mejor, pero no es necesario. Las pasiones amorosas sólo hacen que desgraciar los matrimonios. Un buen matrimonio es aquél que se hace con la cabeza y por conveniencias.

—¿Conveniencias para quién, padre?

—Para todos, hija, para todos. Míster Fullton es algo mayor que tú, cierto.

—Me lleva casi treinta años, podría ser mi padre.

—Así te tratará con más cariño y te molestará menos, verás cómo cuando pase el tiempo me lo agradecerás. Terminarás siendo una viuda rica.

—Sé que míster Fullton es interesante para los negocios de usted, padre, pero para mí sólo es un viejo al que nunca podré amar.

—Ese punto ya lo hemos dejado claro y no me importa. No obstante, te aconsejo que le seas fiel si no quieres terminar en una cárcel.

—No me casaré con él.

—Sigues siendo estúpidamente terca, tendrás que aceptar por las buenas o por las malas. Soy tu padre y te ordeno que te cases con míster Fullton.

—Siento tener que desobedecerle, padre, pero no me casaré con él.

Los ojos de Donald Ransell brillaron de cólera. Se negaba a aceptar que su hija le desobedeciera y más en algo tan trascendental. Casarse con míster Fullton había de ser el último acto de sumisión a la voluntad del padre. Luego pasaría a depender de la autoridad del marido, pero Sisely se negaba, le desobedecía sin bajar la mirada.

—Siempre me has creado problemas, jamás has sido la hija sumisa y bien educada que hubiera deseado tener. Llevas el demonio dentro y yo te lo sacaré aunque sea con la fusta.

—No servirá de nada que me golpee, padre, no me casaré con míster Fullton.

La paciencia de Donald Ransell había llegado a su límite y abofeteó a su hija que aguantó el castigo sin derramar una lágrima, con las mejillas enrojecidas, los labios prietos y los ojos desafiantes.

—Podría seguir golpeándote pero no voy a hacerlo, a míster Fullton no le gustaría. Vas a estar encerrada una semana en la habitación oscura a pan y agua, veremos si luego no has cambiado de opinión.

—Puedes ahorrarte la espera, padre, dentro de una semana seguiré diciendo que no.

—Eso ya lo veremos. Te recluiré en una residencia donde te enseñarán disciplina.

—Nadie conseguirá que me case con míster Fullton, padre, piénselo mejor. Si tanto desea casarme, busquemos otro hombre joven que pueda gustarme.

—¡Basta! Reclúyete en la habitación oscura o te llevaré yo a ella a golpes de fusta.

Sisely se había acostumbrado de tal forma a los castigos que ya parecía insensible a ellos. Sus decisiones se imponían a los castigos

y al miedo que otras chicas, sus hermanas eran un buen ejemplo de ello, eran incapaces de soportar y acababan cediendo.

Sisely empezó a dejar pasar las horas en el cuarto oscuro, sólo durante el día entraba una débil claridad por un ventanuco encristalado. Allí hacía frío y para dormir tenía un catre. Más que una habitación dentro de una casa de comerciantes adinerados, era una celda de prisión.

Sus hermanas temían al padre y no se acercaron a verla. Durante las comidas, ni se la nombraba en la mesa.

Una vieja criada era la encargada de acudir cada mañana al cuarto oscuro. Abría la puerta con la llave y pasaba una jarra de agua y un mendrugo de pan. Sabía que si dejaba algo más para que la joven se alimentara, ella sería severamente castigada, quizás hasta expulsada de la casa y a su edad, aquello significaba la indigencia total, la mendicidad en la calle y la muerte por enfermedad y frío en cualquier portal.

—Será mejor que obedezcas a tu padre y le pidas perdón —le aconsejó la vieja sirvienta

—Es el amo y hay que obedecerle. Tu padre es un hombre de gran carácter y jamás tolerará que le desobedezcas. Pídele perdón.

—No.

La respuesta fue la misma cada día. Aguantó el frío, la falta de luz, la incomunicación con el resto de la familia y la alimentación de agua y pan duro hasta que al séptimo día apareció Donald Ransell en el umbral de la puerta con una lámpara de queroseno en la mano.

—¿Cómo te encuentras, Sisely?

Los dientes le castañeteaban, no podía contenerlos, el frío se había metido en su cuerpo. Era invierno y en aquella habitación no había ninguna chimenea, brasero ni estufa de carbón. Frío, soledad y oscuridad para un cuerpo mal alimentado.

—Me encuentro bien —dijo, resuelta a no admitir debilidad pese a que tenía la sensación de hallarse sumergida en un hondo pozo de aguas gélidas.

—Eres testaruda, pero yo te doblegaré, te enseñaré a obedecer. Conseguiré que míster Fullton espere, a su edad la fogosidad y la prisa son sólo un recuerdo. Irás a una residencia de reeducación.

Al día siguiente, la calesa de los Ransell estaba lista para partir

con un par de valijas que contenían todo el equipaje de Sisely.

La vieja criada suplicó:

_ ¡No se la lleve, amo, no se la lleve!

—Apártate y cuida de tus labores. Estás ya demasiado vieja, no hagas que me canse de ti y te eche de casa. —Se volvió hacia su hija y le ordenó— ¡Sube!

Sisely, en silencio, subió a la calesa mientras sus hermanas la observaban desde las ventanas de la casa.

El bamboleo del carruaje le provocó mareos. Su padre la observaba de reojo sin decir nada. Aquella noche, cenaron y durmieron en una posada. Sisely pensó en huir, mas no se vio con fuerzas suficientes y se durmió profundamente. Su cuerpo exigía descanso, recuperación.

Al día siguiente, prosiguieron viaje hasta llegar a la verja que cerraba el muro que circundaba y protegía la residencia.

El cochero saltó del pescante y llamó a la campanilla. No tardó en aparecer un hombre alto de tez oscura y cabello rizado. No era joven, pero se veía fuerte.

Abrió la verja y dejó pasar el carruaje cerrando tras él. El cochero condujo la calesa hasta la puerta de Wood House, residencia para señoritas.

—Ya hemos llegado, Sisely. Todavía estás a tiempo de cambiar tu actitud, tu decisión.

—Padre, no pido demasiado. Si lo desea, me quedaré en la casa, no me casaré con otro hombre.

—Te interesa, y me interesa a mí, que te cases con míster Fullton.

—Me trata como si yo fuera un animal de granja que ha de dar beneficios a...

No pudo continuar, recibió una seca bofetada y después, una orden tajante.

—¡Sal de la calesa!

Salió a recibirles una mujer extraordinariamente alta y corpulenta, de rostro grande y pómulos aplastados, ojillos pequeños y perversos, nariz ancha. Sus cabellos eran rojizos, cortos y rizados. Nada en ella revelaba inteligencia. Con voz grave y ronca, les invitó a pasar al interior del edificio.

Aquella mujer no inspiró precisamente simpatía a Sisely. La vio

como lo que realmente era: Una matrona carcelera.

Tras llamar con los nudillos a una puerta de brillante barniz, se escuchó una voz algo seca pero no desagradable que dijo simplemente:

—Adelante.

Donald Ransell, con el sombrero en la mano pero con el rostro grave, lejos de toda sonrisa, saludó:

—Buenos días. ¿Es usted la señora Pilson?

—Así es.

—Hablé con míster Warner.

—Sí, me pasó recado. —Miró a la pálida Sisely y preguntó: ¿Es su hija?

—Sí. Creo que necesita un tiempo de reeducación especial, por eso estamos aquí.

—Muy bien, míster Ransell —asintió Jennifer sentándose al otro lado de la amplia mesa escritorio— Tomaré todos los datos. Aquí no se reciben visitas salvo circunstancias especiales, es mejor para las muchachas.

—Me parece bien —aceptó Ransell, dispuesto a aprobar todo lo que la directora dijera, pues ya tenía suficientes referencias sobre aquella singular residencia.

—Ella no podrá salir bajo ningún motivo de la residencia, salvo que usted en persona venga a buscarla y decida que ya ha pasado bastante tiempo en este lugar. No obstante, si considero que la muchacha ha respondido bien a la reeducación y está apta para volver a la vida familiar y social, yo misma le mandaré recado y podrá usted venir a buscarla.

—Perfecto.

—Míster Ransell, me firmará este documento por el que me otorga potestad sobre la muchacha mientras se halle internada en esta residencia.

—Por supuesto. —Míster Ransell tomó una pluma para firmar el documento que le tendían, pero se detuvo al leer una de las cláusulas

—Aquí dice que si mi hija sufre enfermedad, accidente o daño por causa de su reeducación, inclusive la muerte, no haré ninguna reclamación. —Levantó la cara para mirar interrogante a la directora.

—Es imprescindible, señor Ransell. Aquí enseñamos a las internas la práctica de la equitación y podría caerse por torpeza. También, para que se mantengan físicamente, se las hace trabajar llevando leños o cortándolos, sin olvidar algunos castigos a los que se hacen merecedoras por su rebeldía o indisciplina. Comprenda que si tuviéramos las manos atadas no podríamos llevar a cabo la reeducación que aquí impartimos a las muchachas digamos difíciles.

—Lo entiendo —dijo Ransell, y firmó.

Sisely siguió con la mirada los trazos que su padre hacía con la pluma para dejar su firma bien clara.

—¡Ursula! —Jennifer llamó a la mujer que les abriera la puerta y que era tan alta que le llevaba a Sisely más que toda la cabeza— Lleva a la señorita Ransell a la habitación trece.

—Sí, señora.

Sisely no se despidió de su padre ni con un seco adiós. El la había llevado a aquel lugar que no prometía ser un cielo ni un palacio, sino una especie de cárcel privada con nombre de residencia para señoritas.

Dejó a su padre cerrando detalles con la directora y siguió a Ursula que por una escalera ancha la condujo al segundo piso del caserón. Se detuvo frente a una puerta que tenía el número "13" clavado en su puerta.

—¿Me tenía que tocar a mí el trece?

—Si eres obediente y te portas bien, no lo pasarás mal del todo. ¿Tienes dinero?

—¿Yo?

—¿Es que hay otra aquí? —inquirió casi de malos modos la corpulenta Ursula.

—Pues no, no llevo dinero encima, el dinero lo tiene mi padre y supongo que pagará a la directora.

—Sí, eso ya lo sé, pero alguna joyita tendrás, ¿no? —Trató de estirar de la cadenita que rodeaba el cuello de Sisely y de la que colgaba un camafeo de marfil en el que estaba tallado un rostro de mujer que no era el de la propia Sisely.

—Suéltelo.

—Je, je, je —se rió como advertencia de malos presagios para la muchacha.

Ursula abrió la puerta de la habitación y a Sisely le pareció

mucho más pequeña de lo que había supuesto.

Las alcobas debían haber sido partidas en dos o en tres para disponer así de más alojamiento para las residentes que no importaba que dispusieran de poco espacio. La ventana también había sido dividida en dos: Mitad para ella y mitad para la habitación contigua.

Un armario de madera ennegrecida por el tiempo, una cama individual a juego, una mesita de noche ancha con una silla para poder trabajar en ella si era preciso, un lavamanos con su palangana y jarra y una vacinilla que no agradó a la joven.

Cuando quiso volverse para preguntar, Ursula ya había cerrado la puerta.

Instintivamente, Sisely asió el pomo para volver a abrir la puerta, pero comprobó que el pomo giraba y giraba indefinidamente sin abrir la cerradura. Estaba claro que aquella puerta sólo podía abrirse desde el exterior y por tanto, cabía considerar aquella estancia como una celda.

—¡Abra, abra! —gritó angustiada, como si acabara de darse cuenta real de donde estaba.

Su padre la había dejado a merced de aquella mujer rubia que conservaba mucho de su belleza y que parecía en cierto modo dulce, pero que amagaba un férreo temperamento, un carácter dominante que procuraba no se trasluciera demasiado en su mirada, en su voz o en cualquier gesto de su rostro.

—Dios mío, ¿qué me harán aquí? —se preguntó Sisely antes de empezar a sollozar.

CAPÍTULO IV

El coche de alquiler se detuvo frente a la verja de la mansión de los Warner.

Un hombre alto, ancho de espaldas, joven, pero con el carácter ya impreso en algunos pliegues de su rostro, un rostro que así parecía más viril, se apeó del carruaje.

De sus amplios hombros caía una pesada capa de lana azul oscura. Era difícil saber si su rostro expresaba duda, cansancio o preocupación. Era como si todavía no hubiera tomado su última decisión en el asunto que le llevaba hasta la mansión en la que había nacido y de la que faltaba desde hacía tiempo.

Un perro grande y negro corrió ladrando hacia la verja cerrada. Al quedar frente al recién llegado, dejó de ladrar y comenzó a gemir entre nervioso y contento mientras movía el rabo en horizontal.

—Hola, "Black", hola. ¿Todavía te acuerdas de mí? Ya estarás hecho un viejo —le fue hablando cariñosamente mientras el animal se ponía en pie sostenido por sus cuartos traseros y apoyándose con las patas delanteras contra la puerta de la verja.

Había gozo en los ojos y en la agitación de aquel enorme perro que podía asustar más por su aspecto que por su ferocidad real.

Frank sacó de su bolsillo una llave de hierro que sopesó en su mano antes de decidirse a introducirla en el ojo de la cerradura. El perro seguía agitado tras la puerta que accedía a un pequeño jardín que con siete u ocho zancadas podía cruzarse para quedar en el atrio de la casa.

El hombre acarició la cabeza del can pensando que posiblemente él sería el único ser vivo que se alegraría de su regreso.

Podía haber llamado a la campanilla, posiblemente luego le reprocharían no haberlo hecho, pero prefirió seguir dejándose llevar por sus impulsos, por sus sentimientos.

El perro, nervioso pero sin saltar porque los años le habían dado

pesadez y mermado su agilidad, llegó hasta la puerta del atrio.

Cuando Frank iba a llamar, pues no llevaba la llave de aquella otra puerta, ésta se abrió y apareció otro hombre. Era George que, casi tropezándose con él, dio un paso atrás y después le miró al rostro, tan sorprendido como incrédulo.

—¡Frank!

—Hola, George.

—No creí volver a verte por aquí.

—¿Por qué no? Nací en esta casa lo mismo que tú.

—La verdad, creí que te habías ido para siempre, que quizás sólo volvería a verte en...

—¿El entierro de nuestro padre?

—Bueno, dejémoslo estar. ¿Sabe él que ibas a venir?

—No le he avisado, pero tampoco creo ser el diablo.

—Padre no está bien. Los años le hacen más irritable y lo de ir en silla de ruedas lo soporta mal. Sería mejor que le avisara primero.

—¿De mi presencia?

—Sí. ¿A qué has venido?

—A hablar unos minutos con él. No temas, no vengo a quedarme aquí.

George, que unos momentos antes iba a salir de la casa, hizo un gesto con la mano a su hermano para que esperase y él se dirigió al despacho de Joseph Warner, un despacho grande, recargado de muebles y objetos que constituían los recuerdos heredados de la dinastía Warner, incluyendo a aquel hombre prematuramente envejecido, clavado en una silla de ruedas con abundante cabello blanco y el rostro surcado por infinitas arrugas de amargura que se habían transformado como en huellas de latigazos de hosquedades y rencores.

—¿Qué ocurre, George? —preguntó en voz baja y casi mirándole de reojo, con la cabeza inclinada hacia el pecho.

—Padre, tiene visita.

—¿Visita? No estoy para nadie. Ponme un whisky, tengo jaqueca.

—El whisky le dará más jaqueca, padre.

—¡Quién me lo aconseja! Te he visto demasiadas veces borracho, George.

—Quizás por eso puedo aconsejárselo, padre, porque sé lo que hace el whisky — respondió mientras escanciaba en un vaso la ardiente bebida.

Cuando le hubo entregado el vaso de licor dijo sencillamente, pero observándole con atención en espera de la reacción del padre que sin duda se acusaría en su rostro surcado de arrugas:

—Frank está aquí.

—¿Frank?

Detuvo el vaso ante sus labios, lo apartó lentamente y esperó la confirmación, como si pensara que podía haber oído mal.

—Sí, Frank, su hijo, mi hermano.

—¿A qué ha venido? —preguntó más sombrío.

—No lo sé. Le he pedido que esperase como si fuera una visita cualquiera. ¿Le digo que se vaya, que usted no se encuentra bien?

El viejo Joseph Warner no respondió enseguida. Era difícil saber si estaba meditando una respuesta o rememorando antiguas situaciones, difíciles encuentros entre padre e hijo que desearía haber sepultado en el olvido.

—Si ha venido a verme, que pase.

—Como usted quiera. No parece belicoso.

George fue en busca de su hermano, más alto que él, más fuerte en apariencia, con ojos más limpios, sin bolsas que delataran noches de insomnio y exceso de alcohol.

—Padre ha dicho que pases.

Frank no dijo nada. Sorteó a su hermano que, en cierto modo, obstaculizaba su avance con el cuerpo, como si deseara oponerse al encuentro entre el padre y el que parecía un hijo pródigo. Temía perder lo que ya consideraba suyo. Una reconciliación entre el padre y Frank podía significar un tajo en la herencia, partirla en dos.

—Hola, padre —saludó Frank sin quitarse la capa, de pie frente a la mesa tras la cual estaba el viejo encajado en su silla de ruedas.

—¿Se te olvidó algo hace años cuando te fuiste o acaso te has adelantado demasiado a mí entierro?

—Puede ser todo lo sarcástico que quiera, padre, pero deseo que el día de su entierro sea posterior al mío. En cuanto a si me olvidé algo en esta casa, pues sí, olvidé muchos recuerdos y encontré muchas nostalgias de mi niñez.

—¿Has venido a pedir que te permita quedarte? Si es así, te advierto que…

—No creo que Frank haya venido para quedarse, estará hospedado en un buen hotel.

—Sí, estoy hospedado en un hotel como dice George. Mi abogado me dio una notificación de herencia.

—¿Ah, sí? Pues, puedes ver que no he muerto todavía. Además, sabes que la herencia será para George que me ha sido más leal que tú.

—No voy a atacar a George, padre, pero yo tampoco le he sido desleal, simplemente he tenido diferencias de opinión con usted y no me ha gustado nunca estar sometido a sus caprichos y malos humores, y con eso no quiero decir que venga a pedir que me incluya de nuevo en su herencia.

—¿Entonces? —preguntó desafiante.

Cerca de la puerta, George respiró más aliviado. Lo que había temido no se producía.

—Parece ser que mi madre me legó la granja Green Grass.

—¿Green Grass? —repitió escéptico— Todo lo que podía tener tu madre era mío, para eso era mi esposa.

—Lo siento, padre. Según la notificación de mi abogado, Green Grass no le pertenecía a usted sino a mí madre y por herencia voluntaria ante testigos, ahora me corresponde a mí.

—Ese abogaducho tuyo no sabe lo que se dice. Si has venido a buscar lo que no te pertenece, has hecho el viaje en balde.

—No quería llegar a esto, padre.

Sacó un documento de uno de sus bolsillos, lo desdobló y lo puso sobre la mesa para que su padre lo leyera.

—Déjeme a mí, padre, yo conozco estas cosas —dijo George acercándose a la mesa.

—¡Quieto! Estoy en una silla de ruedas pero no soy un inútil.

George se detuvo en su avance. Para evitar sentirse más humillado, ofreció a su hermano una sonrisa de suficiencia.

El viejo e inválido Joseph Warner leyó el documento. Las cejas se le juntaron y su rostro se fue crispando a medida que sus ojos avanzaban sobre las líneas escritas. Al fin, lo dejó sobre la mesa y dio un puñetazo de prepotencia e ira sobre el propio documento, como si deseara clavarlo en la madera.

—¿Es que pretendes robarme?

—Nada más lejos de mi intención, puede dejarle su herencia a George si es su voluntad, no le pido nada, pero Green Grass era de mi madre y nadie le autoriza a disponer de esa granja.

—Pues, padre la vendió —dijo George con cierto aire de desprecio, deseoso de molestar.

—¡Cállate, estúpido! Cada vez que abres la boca es para estropearlo todo más.

Frank no miró a su hermano, sus ojos estaban clavados en su padre. Sin altisonancia, muy dueño de sí pero dispuesto a exigir explicaciones, preguntó:

—¿Cómo ha podido vender Green Grass si no le pertenecía?

Joseph Warner carraspeó, ya no se mostraba tan arrogante. Era como si su silla de ruedas estuviera en una pronunciada pendiente y no hubiera un lugar adonde agarrarse.

—Hice un contrato privado. Quien compró la granja no tenía todo el dinero y le hice una hipoteca que cobraré en su momento.

—No podía vender, padre, ni siquiera la ley se lo permite. Carecía de poderes para hacerlo.

—¡Lo que era de tu madre era mío también!

—No siga por ahí, padre, no es así y usted lo sabe.

—¿Qué vas a hacer entonces, denunciarme, llevarme ante la justicia acusándome de apropiación indebida?

George dijo:

—Frank no se atreverá a llevar a la corte a su propio padre.

—A cambio de este expolio, podría exigir su herencia, padre, así no le quitaría nada en vida.

—¿Quée? —brincó George—. ¡La herencia es mía, toda mía!

—¡Cállate, George! —gritó el viejo Warner —Tú te llevarás la herencia, pero no por eso eres más inteligente que Frank.

—Padre, puede hacer otra cosa —comenzó a decir George sin querer callarse como se le pedía. Veía peligrar su herencia y el miedo le espoleaba a buscar una solución rápida a las justas exigencias de su hermano— Dele otra cosa a cambio de Green Grass ya que está vendida. Que Frank firme autorizando esa venta y especificando que en su día usted contaba con su autorización. Sólo tiene que darle otra cosa a cambio.

—No puedo darte el dinero. He gastado mucho desde que tú te

fuiste. Como si fuera una maldición y porque tu hermano no vale la mitad que tú, no he parado de perder dinero.

—Si usted me dejara, yo sacaría más dinero de los negocios —se apresuró a decir George que cada vez se sentía más humillado— Dele otra propiedad, padre, otra propiedad a cambio. Será un trueque legal y podrá marcharse a su hotel o de la ciudad. Si ha venido a sacar algo, ¿por qué dejar que se vaya de vacío? Después de todo, es de la familia. Que se lleve algo y que no vuelva más. Dele algo...

Frank permanecía en silencio. Muy lejos de estar crispado, observaba a su padre y a su hermano. Sentía pena por ambos, pero no estaba dispuesto a dejar que le arrebataran lo que su madre le había dejado en herencia.

—Frank, quédate con Wood House y estaremos en paz.

—¿Wood House?

—Sí, es una propiedad que yo compré, restauré y transformé en residencia. Puedes quedártela, está demasiado lejos para un hombre en silla de ruedas como yo.

—¿Wood House, padre, por qué Wood House? —inquirió George muy preocupado— Dale otra propiedad.

—¡Estoy harto de oírte, George, harto! —le recriminó el padre. Volviendo la mirada hacia Frank, el hijo que echaba de su casa pero al que admiraba en secreto, le dijo—: Antes de tomar ninguna decisión que te lleve al infierno, mira si te conviene quedarte con Wood House.

—Le prometo visitar Wood House, padre, luego decidiré. No es mi interés castigarle por esa apropiación indebida de la herencia de mi madre. Si no tuviera usted bienes, ni la herencia de mi madre le exigiría, pero nada le falta, ni siquiera la compañía de George. —No seas tan sarcástico —se quejó su hermano, muy molesto.

CAPÍTULO V

Estaba acostumbrada a pasar noches de encierro como si fuera una condenada en cualquier perdido y tenebroso presidio, noches que se le hacían largas, casi eternas.

Sisely había oído algunos llantos. Su hipersensibilidad la había obligado a oírlos en vez de conciliar el sueño. Eran llantos que sonaban al otro lado de las paredes, llantos que nacerían en el miedo de otras jóvenes encerradas como ella en aquella institución privada.

Oyó pasos y ruidos que la mantuvieron alerta pese a que se encontraba exhausta después del encierro y el ayuno a que la sometiera su padre para doblegar su voluntad y casarla con un hombre al que no amaba ni podría amar.

Todos aquellos ruidos le eran extraños y la inquietaban pese a que estaba lejos de ser una muchacha miedosa y así lo había demostrado a su propio padre; pero, en la casa de su padre sólo temía a la cólera de éste, a su furia; en Wood House podía encontrarse con desagradables e ignoradas sorpresas.

En principio, ya había sido encerrada en una celda, más o menos equipada, pero una celda de la que no podía escapar y Ursula, la carcelera, era demasiado fuerte y corpulenta como para intentar enfrentársele.

Ya en la alta madrugada, distinguió unos gemidos casi sofocados en medio de los otros pequeños ruidos que componían el llamado silencio.

Acercó su oído a la pared buscando un punto donde poder oír mejor los sollozos y algo temerosa, golpeó con los nudillos. No obtuvo respuesta alguna e insistió golpeando con más fuerza hasta que otros golpecitos respondieron a su llamada.

—¿Te pasa algo? —preguntó en voz baja pegándose a la pared con la intención de hacerse oír a través de ella.

No obtuvo respuesta; tampoco hubo más golpe— cilios en la pared ni gemidos.

El ruido que la puerta hizo al abrirse la sobresaltó arrancándola de un profundo sueño que la había vencido por agotamiento nervioso y físico ya al amanecer, y ni siquiera la luz que entraba por la ventana había conseguido mantenerla desvelada.

—Vamos, arriba, aquí se obedece enseguida —le dijo Ursula a modo de saludo matinal.

Sisely se frotó los ojos con el dorso de la mano, le dolían. De pronto, sintió un dolor horrible en el hígado que la obligó a encogerse. Ursula, junto a la cama, acababa de propinarle un maligno puñetazo.

—Arriba. Ya te he advertido que aquí no hay contemplaciones con las dormilonas.

Sintió deseos de replicar a la agria celadora, pero al mirarla descubrió que, bien agarrada en su mano, llevaba una pequeña y oscura porra. Suspiró y optó por asentir.

—Sí, voy enseguida.

—Dentro de cinco minutos te quiero en la puerta con la cara lavada.

Ursula abandonó el cuarto dejando la puerta abierta.

Sisely, consciente de que se hallaba en una especie de cárcel, se apresuró a obedecer para ahorrarse castigos.

Cuando asomó al corredor, descubrió que delante de las restantes puertas aguardaban otras muchachas como ella y debía haber poca diferencia de edad entre ellas. Unas más altas, otras más bajas, las había rubias, morenas y de cabellos castaños, pero todas estaban delgadas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó a la que tenía a su izquierda y que debía ser la muchacha que había estado gimiendo en la noche.

—Ssss, Ursula te golpeará —cuchicheó.

—¡Silencio! —ordenó al fondo del corredor la monumental matrona que llevaba la porra en la mano— En fila de a dos y al comedor.

Sisely imitó lo que hacían las otras chicas. Cada cual vestía de diferente manera.

El comedor era una sala grande cuyas altas ventanas no dejaban

ver bien el exterior. Era frío y olía a humedad. El desayuno fue escaso. Nadie habló. Parecía que el silencio era una de las reglas más rigurosas a respetar en aquella residencia.

—Tú, la nueva, ven conmigo —ordenó Ursula a Sisely al terminar el frugal desayuno.

Sisely estaba dispuesta a obedecer las órdenes para sobrellevar el encierro lo mejor posible.

—Coge el cubo con agua y esa bayeta y sígueme.

Cargada con el pesado cubo lleno de agua fue tras la corpulenta Ursula que como máximo llevaba la porra con la que golpeaba a sus pupilas.

Abrió una puerta y le mostró unos lavabos malolientes.

—Empieza a fregar los retretes hasta que no te moleste chupar el suelo. Te conviene hacerlo bien, porque como vea algo sucio, te voy a obligar a morrearlo. ¡Vamos!

Se sintió mal, aquellos hedores la mareaban. Sintió arcadas y mareos, el sueño era otro flagelo que contribuía a su debilidad. Apretó los dientes, trató de no oler, de dormir su olfato, y empezó a trabajar.

Ursula se ocupaba de que las jóvenes no tuvieran un momento de ocio. Llegó la hora del almuerzo, fueron a lavarse y pasaron al comedor donde apareció Jennifer Pilson, la directora.

—Hace mal tiempo —comenzó a decir sin dejar de caminar junto a la larga mesa ante la que se sentaban las jóvenes encerradas en Wood House—. Ha comenzado a llover, quizás nieve esta noche y no habrá paseo por los jardines. Esta tarde, matemáticas y costura. Sé que pasáis malos tiempos aquí, pero yo os libraré de que caigáis en el fango del arroyo, de que en el futuro os convirtáis en prostitutas. Cada una de vosotras tiene la posibilidad de casarse con el hombre que elijan vuestras familias, todavía podéis ser grandes señoras y recordaréis vuestra estancia aquí con agradecimiento.

—¡Con mierda! —estalló una de las jóvenes sin poder soportar aquel discursito hecho en falso tono maternal. Todas las miradas se clavaron en ella.

Para su desgracia, tenía a Ursula detrás y a ésta le bastó cogerla por la nuca con su manaza y le hundió la cara en el plato de sopa.

La cogió luego por los cabellos y la echó hacia atrás mostrando su rostro sucio del caldo grasiento y harinoso.

—Daniela, tienes una cara muy sucia. La verdad es que toda tú estás sucia y Ursula te va a llevar a la ducha. Qué pena que no haya agua caliente y haga tanto frío...

Ursula obligó a Daniela, que era la vecina de celda de Sisely, a levantarse tirando de sus cabellos hacia arriba ante los rostros atemorizados de las demás jóvenes. Sólo Sisely fui capaz de hablar encarándose con la directora.

—Si ella coge una pulmonía y muere, yo algún día contaré cómo se produjo su muerte.

—¿De veras? —Jennifer sonrió mostrando sus dientes bien alineados.

Ursula miró a Sisely como preguntando si a la nueva también había que hundirle la cara en el plato y luego llevarla a la ducha fría.

—No es para tanto lo que ha dicho. Seguro que ninguna de las que estamos aquí va a guardar buen recuerdo de este lugar.

—Tú todavía no sabes nada de cómo vas a pasarlo aquí y mucho menos de lo reformada que saldrás cuando tu padre pase a recogerte. Yo os salvaré de caer en el fango. Vuestras familias son dignas y bien aposentadas. Estáis aquí porque habéis empezado a desobedecer a vuestros padres a quienes debéis obediencia ciega y porque empezabais a descarriaros. Yo os volveré al buen camino y si alguna muere aquí, no deja de ser un hecho dentro de la normalidad. En cualquier institución, algún residente muere, porque todos hemos de morir. Si llega ese caso, un médico certificará la defunción y eso será todo. Ninguno de vuestros padres va a querer líos, ninguno abrirá la boca porque tendría que explicar qué hacía su hija aquí. Esta es una residencia privada para señoritas, pero nadie dice que su hija está aquí encerrada, de modo que nadie sabe dónde estáis, y no se os ocurra intentar escapar, sería muy difícil conseguirlo pero además, el bosque es muy amplio, muy espeso y tenemos perros para seguir vuestro rastro. ¿A cuál de vosotras le gustaría quedar despedazada por un perro enfurecido? —Se volvió hacia Ursula para ordenarle—: Llévatela cómo te he dicho, es joven y resistirá bien el agua fría, eso aplaca los nervios.

—¡Noo, noo! —gritó Daniela.

La celadora se la llevó tirando de sus cabellos.

No oyeron los gritos de Daniela, el lugar del baño estaba lejos.

Jennifer Pilson, ayudada por Bette, una mujer que tenía bigote y de la que se rumoreaba había sido monja de un convento del que había escapado, enseñaron matemáticas a las residentes y luego costura mientras el día moría, oscureciendo aprisa. Tal como había adelantado la directora, comenzó a caer agua nieve.

Jennifer las dejó solas con la profesora Bette. Cuando ya había pasado una hora, Ursula apareció por la sala de costura.

—Tú, la nueva, sígueme.

Todas miraron a Sisely con preocupación. Daniel a no había vuelto a aparecer desde que se la llevaran a la ducha tras el incidente de la comida.

Sisely tragó saliva y dejó la labor. Estiró su cuerpo y adquiriendo un porte de dignidad, fue tras Ursula pese a que ella tenía el mismo miedo que las demás.

La corpulenta celadora la condujo a la parte noble del edificio. No subieron al piso donde estaban las celdas ni fueron hacia donde estaban los retretes y duchas.

Se detuvo frente a una puerta bien tallada, oscura, de barniz brillante, y llamó con los nudillos.

—Adelante —pudo oírse la voz de la directora desde el otro lado de la puerta. Ursula abrió la puerta e indicó a Sisely:

—Pasa.

La joven ya conocía aquella estancia, había estado el día anterior a su arribada a la residencia.

Era el despacho de la directora y allí estaba Jennifer tras la mesa repleta de libros y objetos varios entre los que destacaba una bola blanca de cristal sobre la que había una especie de dragoncillo.

—Puedes marcharte, Ursula, si te necesito ya te llamaré.

—Sí, señora —aceptó la matrona. Cerró la puerta dejándolas solas.

La directora no invitó a sentarse a Sisely que estaba al otro lado de la mesa.

Jennifer estaba escribiendo en un libro de contabilidad y no atendió a la muchacha hasta haber secado la tinta con ceniza. Cerró el libro» dio un corto suspiro y mirándola a la cara dijo:

—No te creas que eres especial. Cuando llegáis aquí, todas sois rebeldes y respondonas, pero después de un tiempo, os calmáis y sois consecuentes.

—¿Cómo Daniela?

—Daniela estaba nerviosa. Ella no es de las fuertes, tiene ataques de histeria, pero posiblemente esta noche quiera besar mis manos para pedirme perdón. Tiene altibajos y yo trato de que esos golpes de genio desaparezcan, que sea capaz de controlarse. Así, en el futuro, llevará una vida como corresponde.

—¿Usted cree tener la verdad de todo en su mano?

—Yo tengo mi verdad y como soy quien manda, esa es la verdad de todas, os guste o no. Yo puedo ser muy complaciente o muy dura. En realidad, soy yo quien dice a cada una de vuestras familias en qué momento se os puede sacar de esta institución, y puedes estar segura de que no pocos de vuestros padres, si se les comunica la muerte de su hija, suspirarán de alivio. Luego, muy serios y circunspectos, se llevarán el ataúd con el cadáver para enterrarlo en el panteón familiar.

—¿Está diciéndome que puede asesinarme sin que el peso de la justicia caiga sobre usted?

—Estoy explicándote las condiciones en que estás aquí, lo mismo tú que las demás.

—Entonces, me escaparé.

—Muy bien. —Jennifer sonrió como si estuviera hablando con una niña cuyas palabras no había que tener en cuenta—. Te voy a confesar que dos muchachas, en diferentes ocasiones, escaparon de aquí y no se ha vuelto a saber jamás de ellas. Las malas lenguas dicen que los perros las alcanzaron y los rastreadores prefirieron sepultar sus restos en lo más oculto del bosque.

—¿Ya me lo ha dicho todo?

—No.

Resignada, Sisely esperó. Irritar a la directora equivaldría a recibir más castigos y ¿hasta cuánto podría aguantar? Era humana, en algún momento se derrumbaría física y psicológicamente.

—Te puede ir muy bien si eres dócil. La rebeldía destruye a quien la abandera. — Jennifer suavizó el tono de su voz, como queriéndose ganar la voluntad de la joven—. Me gusta mucho pintar. Dicen que las mujeres nunca hemos sido grandes pintoras, pero no es cierto. Yo sé que pinto bien aunque mis lienzos jamás lleguen a ser expuestos en un gran museo. —Hizo una pausa mientras Sisely se preguntaba el por qué de aquella declaración—

Tú eres una muchacha muy hermosa, me gustaría pintarte.

—¿A mí?

—¿No te han pintado nunca?

—No.

—Yo te pintaría un cuadro grande, un óleo a tamaño natural, tu belleza quedaría inmortalizada para siempre. Pasarán los años, envejecerás y llegarás a morir, pero el cuadro seguirá igual.

—Bueno, si ese es su interés...

—Lo es. ¿Aceptas?

—Sí.

—Pues, mañana por la mañana, en vez de hacer otros trabajos como te correspondería, posarás para mí. Ahora, ya puedes marcharte.

Antes de abandonar el despacho, los ojos de Sisely volvieron a fijarse en aquella bola de cristal blanco sobre la que estaba adherido el pequeño dragón.

CAPÍTULO VI

En el comedor, durante la cena, Sisely no vio a Daniela, su joven vecina de celda castigada a la ducha fría en un gélido día invernal.

La nieve, en los jardines y el bosque que rodeaban Wood House, no había cuajado aún, pero el frío se hacía sentir. Había muchas posibilidades de que durante la noche, todo se cubriera con el blanco y gélido manto o cuando menos, que el agua nieve caída helara, produciendo la dura y hostil escarcha.

El frío era más intenso en Wood House que en la ciudad. Sólo las celadoras tenían estufa en sus alcobas. Había varias chimeneas en la casa, pero sólo se encendían la del despacho y la de la alcoba de la directora.

Nadie dijo nada, estaba prohibido hablar y había miedo en los rostros de las jóvenes allí encerradas.

Se les obligó a repetir unas extrañas oraciones que Sisely desconocía y que leían de unas hojas que habían repartido previamente, hojas ya muy manipuladas y hasta sucias.

Después, Ursula las condujo a las celdas donde habrían de pasar la noche.

—¿Es que mi puerta ha de estar cerrada? —preguntó Sisely abiertamente.

La corpulenta celadora sonrió con desprecio y le dio un empujón que la envió al interior de la celda casi haciéndola caer. Luego, el portazo y por dentro no había forma de abrir. Si se producía un incendio, de allí no podría escapar.

Había sido un día de emociones, su primer día de encierro en Wood House.

Dejó pasar el tiempo, quizás una hora, no sabía cuánto exactamente, no tenía ningún reloj al alcance de sus ojos.

Se pegó a la pared y golpeó con los nudillos, temerosa de ser oída por alguien más aparte de Daniela.

Contuvo la respiración para oír y cuando después de haber llamado con los nudillos repetidas veces contra la pared iba a desistir para dormir, escuchó una débil respuesta que le dio aliento para insistir.

Percatándose de que quien estuviera al otro lado de la pared no tenía muchas fuerzas o quizá tuviera demasiado miedo, fue hasta la ventana y la abrió. El frío intenso de la noche la hostigó, pero no había demasiada desproporción entre el frío que reinaba en aquella celda sin calefacción y el exterior.

Su parte de ventana estaba pegada contra la pared, pues lo mismo que la alcoba, había sido dividida por el tabique para convertirla en dos celdas. La ventana había sufrido el mismo proceso.

Se asomó volcándose sobre el alféizar, quería ver el interior de la celda contigua, pero no pudo ver nada, dentro no había luz. Decidió llamar a los cristales con los nudillos. Al fin, Daniela se acercó. Sisely pudo ver su rostro trémulo y le pidió:

—Abre, abre.

Miró hacia los jardines que estaban abajo, temía que algún vigilante la descubriera o los perros de que le hablara la directora.

Daniela abrió tímidamente la ventana. Sisely se apresuró a preguntarle:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —mintió temblando.

—Esa bestia de Ursula...

—El agua estaba muy fría.

—Abre más la ventana.

Sisely se subió al alféizar de su ventana y corriendo el riesgo de caer desde unos cinco metros de altura, pasó de una celda a otra internándose en la de Daniela y cerrando después. Le tocó el rostro y dijo:

—Estás helada.

—Tengo mucho frío. Quiero irme de aquí.

—Me temo que no nos van a dejar escapar. Vamos a tu cama, yo también estoy mal, pero algo de calor podré darte.

—Si descubren que estás aquí, también te ducharán con agua fría.

—Antes de que amanezca, regresaré a mí habitación.

Metió a Daniel a en la cama y luego se introdujo en la misma ofreciéndole el calor de su cuerpo también mal alimentado por los días de castigo a pan y agua a que la sometiera su propio padre.

Daniela temblaba y Sisely tuvo miedo de que la fiebre clavara sus garfios en aquel cuerpo joven y se lo llevara a la tumba.

—¿Por qué haces esto por mí? —preguntó Daniela con dificultad. Apenas podía entendérsele debido a que no dejaba de temblar.

—¿No lo harías tú por mí?

—No lo sé —confesó con sinceridad—. Tengo frío y miedo.

—Será mejor que duermas, conviene que se te pase el frío.

—Hay noches en que quiero morirme.

—Esta cárcel no es para siempre, podemos intentar escapar.

—¿Escapar? Te devorarían los perros, ninguna ha conseguido salir viva del bosque.

—0 quizás es eso lo que la directora quiere que creamos para meternos el miedo en el cuerpo.

—Tú eres nueva y todavía no sabes lo que pasa aquí.

—¿Y qué pasa? Nos castigan, nos encierran como si fuera una cárcel. Aguantas hasta que tu familia se canse de pagar y te saque de este lugar o te escapas para vivir tu vida olvidándote de Wood House y de la familia.

—Yo no sabría adonde ir, me moriría —confesó Daniela.

—Si sigues así, aquí también puedes morir.

¿Qué es lo que yo no sé por ser nueva, Daniela?

—La directora es una bruja.

—Sí, ya me ha parecido una bruja de temer.

—Pero, no es lo que tú crees —puntualizó Daniela tiritando menos gracias al calor que el cuerpo de su compañera le proporcionaba.

—¿Quieres decir que es una bruja de verdad?

—Sí, sí lo es.

—Yo no creo en brujas —declaró Sisely.

—A pesar de todo, no te fíes de ella. Es una bruja y consigue sus poderes invocando al espíritu del dragón de la luna.

—¿Invocaciones, espíritus, el dragón de la luna? Pobrecita Daniela, tienes mucha fiebre.

—Tienes que creerme. Tú eres joven, hermosa y ¿virgen?

—Sí, claro.

—Entonces, te ofrecerá al dragón de la luna.

—Será mejor que intentes dormir, desvarías.

—Cuando me duerma, se me llevará el espíritu del dragón de la luna.

—Vamos, vamos, estás hablando como una niña pequeña.

Daniela tenía ya los ojos cerrados y su respiración era débil. Su cuerpo no lograba escapar de la frialdad que le restaba vida.

—El dragón de la luna, pobre Daniela...

De pronto, recordó algo que le había llamado la atención en el despacho de la directora: Una bola blanca de cristal y sobre ella, el dragoncito.

—¡Qué tontería!

Sus ojos también comenzaron a cerrarse sin dejar de abrazar a Daniela para transmitirle su calor vital.

CAPÍTULO VII

No podía decirse que el bosque estuviera nevado. Había capas de nieve que semejaban grandes ojos sin pupilas que miraban hacia un cielo plomizo.

Frank J. Warner avanzaba montado en un caballo negro de brillantes crines, largas patas y cruz alta.

La capa de lana azul oscura casi flotaba sobre las ancas del espléndido animal mientras el hombre buscaba con la mirada la mansión, según las indicaciones que le habían dado.

Al dar una vuelta en el camino del espeso bosque, descubrió la casa sobresaliendo por encima del muro y de algunos de los árboles que la rodeaban.

Llegó al trote hasta la verja de entrada y allí se detuvo, estaba cerrada.

Pudo oír ladridos de perros, perros que no se acercaron a la verja porque debían estar encerrados en alguna perrera hasta ser soltados al anochecer.

Sosteniéndose en uno de los estribos, alcanzó la cadenita de la campanilla de llamada y haló de ella varias veces. Después, esperó.

Se acercó a abrir el leñador y jardinero de la institución, un hombre alto, de tez oscura siempre hosca y cabello muy rizado.

—¿Qué quiere?

—¿Qué pasa, Tom, no te acuerdas de mi?

—Ah, si es el hijo del amo, el señorito Frank...

—Eso es, soy Frank. Abre la puerta, no sabía que te encontraría en Wood House.

—El amo me dijo que me quedara a trabajar aquí.

Tom abrió la verja y el jinete penetró en el recinto.

A Frank no le simpatizaba aquel empleado. Si decidía quedarse con Wood House, enviaría a aquel hombre de aspecto hosco y taciturno con su padre. Allí pondría a otra gente, si es que no

decidía vender la mansión.

No desmontó hasta llegar al zaguán. Seguro de que allí el caballo no podía escapar, no se preocupó de atarlo y confió en que Tom le diera de beber.

Pisando fuerte, subió al atrio. Al tratar de abrir la puerta, comprobó que ésta se hallaba cerrada. Allí había otra campanilla para llamar.

Al sonido de la campanilla acudió la corpulenta Ursula que franqueó la entrada del antiguo caserón restaurado mientras Tom llegaba hasta el caballo y Frank le pedía:

—Dale de beber y sécalo, que no coja frío.

—¿Quién es usted, qué hace aquí? —preguntó Ursula, siempre agria, pese a que el hombre que tenía delante, además de alto y fuerte, se veía muy atractivo.

—Soy Frank J. Warner. Mi padre es el dueño de Wood House. ¿Quién está al mando de esto?

—¿Señor Warner?

—Sí.

—El hijo del amo es el señorito George.

—George es mi hermano —dijo Frank.

Avanzó hacia el interior del caserón obligando a Ursula a hacerse a un lado pese a que no estaba acostumbrada a ello.

—Voy a avisar a la señora directora —dijo Ursula.

Se quedó solo en el amplio vestíbulo. Era antiguo, pero bien conservado y restaurado. Debía ser uno de los lugares más nobles del caserón del bosque convertido en residencia privada para señoritas.

Ursula reapareció acompañada de Jennifer. Esta caminó lentamente, como dándose tiempo para estudiar al recién llegado.

La estatura, el porte, la elegancia y virilidad que transmitía Frank Warner atrajeron sobremanera a la directora que no pudo evitar que sus ojos verdes se agrandaran, lo mismo que una sonrisa que nació espontánea entre sus labios, sin proponérselo.

—Buenos días. ¿De veras es usted el hermano de George?

—Así es, me llamo Frank.

—George me había hablado alguna vez de que tenía un hermano que había abandonado el hogar paterno para vivir su vida.

—Soy yo, pero he regresado para tomar una decisión.

—¿Una decisión?

—Sí, pero esa decisión sólo me incumbe a mí por ahora. ¿Usted es la directora de esto?

—Así es, me llamo Jennifer Pilson.

—Celebro conocerla, señorita Pilson.

—Por favor, llámeme Jennifer.

—Como guste, Jennifer. —Dio una amplia mirada en torno— ¿Qué es esto en realidad?

—¿No lo sabe?

—No exactamente. Mi padre me pidió que viniera a verlo, he tomado un caballo y aquí estoy.

—Acompáñeme a mí despacho.

—De acuerdo —aceptó Frank que llevaba su media chistera entre las manos junto con los guantes de montar a caballo.

Cuando entró en el despacho de Jennifer, en cuya chimenea siempre había leños ardiendo, caldeando la estancia, Frank valoró la decoración que allí había.

—Elegante, aunque algo oscuro ¿no cree?

—Yo me siento a gusto aquí. Tome asiento si es tan amable. ¿Le apetece un té?

—Gracias.

—En ese caso, lo prepararé yo misma en vez de pedirlo. Me preparo muchas tazas cuando he de trabajar aquí a solas.

Se levantó para preparar el té en la propia chimenea. Frank la veía moverse y pensó que, pese a no ser joven, aquella mujer se conservaba hermosa y mantenía un fuerte atractivo.

Se fijó en la bola de cristal blanca sobre la que había un dragoncito que parecía pegado.

—Cualquiera diría que es una lagartija.

—¿Una lagartija? Oh, no, nada más lejos de eso, es un dragón.

—Muy pequeño, ¿no? —opinó Frank, casi divertido.

—Hay dragones de muchos tamaños, hasta de ese tan pequeño. No obstante, como es una talla y no un animal real, no importan sus dimensiones.

—Sí, claro, qué tontería. La talla en miniatura de una mujer puede corresponder a una mujer de tamaño natural y tan bella como usted.

Es extraño oír un halago dentro de estas paredes —dijo ella,

ocupada en calentar el agua para la infusión.

—¿De veras es una residencia para señoritas?

—Sí.

—¿Y qué aprenden aquí?

—Pues, todo lo necesario para que el día de mañana no fracasen en sus posibles matrimonios. Sus familias están bien aposentadas profesional o social mente y el padre de usted cobra de esas familias.

—¿Una residencia para señoritas ricas?

—Digamos que es una residencia para señoritas díscolas —le corrigió Jennifer.

—Eso es más interesante aún. Ahora comprendo por qué está en mitad del bosque, alejada de la ciudad.

—¿De veras su padre no le había contado nada de Wood House?

—Pues no.

—¿Y su hermano George tampoco?

—Tampoco —se sinceró Frank.

—Pues, ya le contaré yo misma todo lo que desee saber sobre este lugar.

—Magnífico, porque la decisión que he de tomar tiene que ver con Wood House.

—¿Y no le importaría decirme de qué decisión se trata? No olvide que soy la directora.

—Pues, he de tomar la decisión de si me quedo o no con Wood House.

—¿Quedarse con Wood House? —repitió la mujer con verdadera sorpresa.

—Eso es.

—El propietario de Wood House es el padre de usted y George me dijo que a la muerte del padre, él heredaría este lugar.

—Pues, ahora no es así. He venido a verlo y si me gusta, me quedo con Wood House.

—¿Su padre no pondría objeciones?

—En absoluto. La idea de que me lo quede es suya.

—¿Y George?

—George tendrá su herencia, pero no Wood House si yo me lo quedo. Se trata de una especie de trueque familiar del que preferiría no darle más detalles.

—Es una auténtica sorpresa.

—Todavía no he decidido nada —puntualizó Frank como disculpándose.

—Y admitiendo la posibilidad de que se quede Wood House, ¿qué hará? ¿Va a cerrar la residencia para dedicar el caserón a otros menesteres, como vivienda propia, por ejemplo?

—No lo sé. Primero tengo que decidir si me gustaría vivir aquí. Por supuesto, respetaría el curso que está en marcha.

—Quiero que sepa que este lugar no funciona como una residencia normal de señoritas.

—¿Ah, no? —preguntó mientras, instintivamente, acercaba sus dedos al dragoncito que se hallaba sobre la bola blanca de cristal. Mas, una fuerza extraña, misteriosa, le impedía seguir adelante. Era como si sus dedos y el dragoncito fueran dos pedazos de magnetita con polos idénticos: La fuerza invisible del magnetismo impedía la aproximación.

Las muchachas ingresan aquí por tiempo indeterminado, soy yo quien decide cuándo se ha acabado su reeducación y entonces aviso a sus padres para que pasen a recogerla, no importa que sea verano o invierno.

—Interesante, pero, por favor, no me haga tomar ninguna decisión ahora, sería prematuro.

—Sí, claro, sólo acaba de llegar —aceptó Jennifer algo resignada tras aquella sorpresa inesperada.

—Me gustaría ver bien este caserón que, en cierto modo, me ha sorprendido. Está mejor de lo que esperaba.

—El padre de usted se ocupó de que lo restauraran. La verdad es que, ya restaurado, es negocio seguir con la residencia. Ya le he dicho que las familias de las chicas son pudientes y pagan bien por tener a sus hijas aquí internadas sin que amigos y familiares lo sepan.

—¿Quiere decir que más que una residencia es un lugar para encerrarlas?

—Es un centro de reeducación. Todas ellas son díscolas, por eso se toman algunas medidas de seguridad que podrán extrañarle, como cerrar la verja o dejar sueltos a los perros por las noches.

—¿Teme que escapen?

—Los padres de ellas no nos lo perdonarían.

Ahora, si me disculpa, iré a dar órdenes para que pueda visitar la residencia. Tenga en cuenta que aquí están internadas señoritas de buenas familias que un día pueden ser importantes por ellas mismas y no se las puede sorprender en determinadas intimidades.

—Lo comprendo, esperaré. Por cierto, ¿le gusta tener ese dragoncito ahí?

Jennifer sonrió antes de responder.

—Me lo regaló un amigo y lo tengo en estima. La verdad es que me hace compañía en la soledad de mi trabajo en este despacho.

—Debe ser usted una mujer muy capacitada. No es habitual que una mujer sola lleve un trabajo de administración tan importante.

—Su padre confió en mí y no le he defraudado, al menos eso creo, porque ahora, con las noticias que usted me trae, ya lo pongo en duda.

—Mi presencia aquí nada tiene que ver con su labor, que supongo muy estimable. Ya le he dicho que se trata de un problema de bienes de familia.

—Bien, aguarde aquí, enseguida vuelvo con usted. Comprenda que su visita no me ha sido anunciada previamente, ni siquiera ha traído usted una carta explicativa de su señor padre.

—Y hasta tiene el derecho de dudar de que yo sea el propio Frank J. Warner en persona.

—Oh, qué tontería, naturalmente que le creo. Después de todo, entre hermanos siempre hay algo que les une.

Jennifer abandonó el despacho dejando entreabierta la puerta.

Encontró a Ursula en el gran vestíbulo. El rictus del rostro de la directora había cambiado, ahora se mostraba furiosa, implacable.

—¡Ursula!

—Sí, señora directora.

Busca a Bette y a las demás. Que las chicas estén limpias y lleven puestos sus mejores vestidos. Quiero el comedor y las habitaciones muy arregladas, todo ha de quedar dispuesto en una hora. ¿Has entendido?

—¿Una hora? Imposible. Todo está limpio, pero...

—No quiero peros.

—¿Y la enferma?

—¿Daniela? Le he pedido a Bette que fuera a verla, no quiero que la chica esté encamada.

Por la escalera bajaba la ex-monja pálida.

—Señora directora...

—¿Qué pasa ahora?

—La chica, Daniela, está fría.

—¿Fría? Ponle algo caliente.

—Quiero decir que se ha muerto, está helada, ya con el rigor mortis.

—Maldita sea, todo se me pone en contra. Tápala bien como si durmiera y pon algo de calor en ese cuarto. Que quede de espaldas a la puerta, que no se le vea la cara. Luego ya veremos qué hacemos con ella, pero no debe saberse su muerte. Que todo esté limpio, rápido. Tenemos la visita del posible futuro amo de esto; si no queréis perder el empleo, daos prisa.

Ursula y Bette se apresuraron a obedecer sus órdenes. Jennifer abrió la puerta que daba al exterior y al ver al hombre que cuidaba de la leña, los jardines y los perros, le llamó:

—¡Tom, Tom!

El interpelado corrió sobre el suelo mojado donde podían verse las huellas de las herraduras del caballo de Frank Warner.

—Sí, señora directora.

—¿Conoces al hombre que ha llegado?

—Sí, señora, es el señorito Frank.

—Frank...

—Decían que era más listo que su hermano el señorito George, pero un día se discutió con el amo y se fue. Dijeron que no regresaría nunca.

—Pues, ha vuelto. Lleva leña seca a todas las chimeneas y enciéndelas, quiero mucho calor en la casa. Sé cómo piensa el viejo paralítico, pero todavía no sé cómo piensa Frank.

La propia directora fue a inspeccionar por sí misma las principales dependencias de Wood House. Al fin, regresó a su despacho, estaba acalorada.

Encontró a Frank fumando un cigarrillo y mirando los lomos de los libros que había en las estanterías.

—Ya estoy aquí. Disculpe, he tenido que dar órdenes inmediatas.

—No hacía falta que se molestara tanto. Por cierto, los libros que tiene aquí...

—¿Los libros? —Jennifer arrugó el ceño.

—Sí, están en varios idiomas diferentes, pero todos hablan de magia, ocultismo, satanismo, religiones. ¿Todo eso la preocupa?

—Bueno, esos libros estaban aquí cuando yo llegué, sólo he hecho que cuidarlos. Los libros, sean de la temática que sean, siempre son algo importante.

Es cierto. ¿Quién fue el propietario de Wood House antes de que lo comprara mi padre?

—No lo sé, yo ya lo encontré en plena restauración.

A Frank le pareció que aquella mujer le había mentido en varias de sus respuestas, pero no quiso puntualizar nada.

—De todos modos, opino que es una biblioteca muy rara, yo diría que hasta siniestra. He visto libros que incluso hablan de los cementerios de ciudades importantes del mundo.

—Ah, sí. No he tenido tiempo de leerlos, tengo tanto trabajo. Pero, qué tonta, todavía no le he preparado el té, el agua está hirviendo en la chimenea y usted debe estar helado...

Con el ritual del té, Jennifer consiguió ganar el tiempo que necesitaba.

La llegada de Frank había sido tan inesperada que aún no estaba segura de si debía agradarle o no, de si tenía que convencerle de que la residencia estaba mal o estaba bien.

Si Frank se quedaba Wood House en propiedad, ¿seguiría el caserón utilizándose como residencia? Jennifer no estaba segura de nada. No había tenido tiempo de meditar sobre la situación que se le había planteado y, por otra parte, tampoco le interesaba que Frank diera una mala opinión de la residencia a su padre.

—Ahora que ya ha tomado el té, podemos pasar a la visita. —Se adelantó hacia la puerta, se detuvo y medio sonriendo, comentó—: Un hombre de mundo como usted no se encerraría en un caserón como éste levantado en mitad del bosque, ¿verdad?

—Pues, no lo sé aún. Creo que los bosques del entorno pertenecen a la misma propiedad.

—Así es, pero la leña da poco beneficio.

—Si la propiedad es grande, puede ser vendida a alguna comunidad religiosa o empresa maderera o también podría continuar siendo una residencia para señoritas. —¿Cómo ahora, por ejemplo?

—Creo que exactamente como ahora, no —replicó Frank sin

acritud.

—¿Por qué como ahora no?

—Es mejor no seguir discutiendo sobre este tema cuando ni siquiera he decidido si voy a quedarme con Wood House.

Frank no podía por menos que admirar la belleza y la seguridad de aquella mujer madura que dirigía la institución, pero sin duda también era ambiciosa y debía andar con cuidado. Una mujer ambiciosa, que además cuidaba de prolongar su belleza impidiendo que se marchitara, era una mujer de temer.

Le mostró el gran vestíbulo. Le condujo después a la sala de costura, todavía fría, pero ya ardían los leños en la chimenea.

—Cuando vengan las residentes, la sala estará caldeada para que se sientan cómodas— mintió Jennifer.

—¿Este es el comedor? —preguntó Frank cuando la directora se lo mostró.

—Sí, éste es el comedor de las internas. Abajo están los sótanos y la carbonera. Arriba las habitaciones y encima, el desván.

—Me gustaría dar un vistazo a las habitaciones. ¿Cuántas hay?

—Había doce, pero algunas han sido divididas. Eran demasiado grandes y como cada interna tiene la suya individual, no era preciso que tuvieran tanto espacio.

—¿Todas han sido divididas?

—No, algunas están como fueron construidas en principio. Otras han sido divididas en dos y otras, en tres.

—Me gustaría verlas.

—No merece la pena, el mobiliario de las chicas es muy sencillo.

—Imagino que usted duerme en una que no ha sido dividida.

—Así es, y las otras empleadas de la residencia también.

—De todos modos, me gustaría dar un vistazo por arriba.

La directora torció el gesto. No le gustaba aquella insistencia, no deseaba que Frank se encontrara con las internas que se hallaban en la planta alta, pero tuvo que plegarse a sus exigencias.

—Bien, subamos.

La escalera se conservaba muy bien, era amplia y daba suntuosidad al salón de donde nacía. Cualquiera, al subir por aquella escalera, habría pensado que se hallaba en una residencia lujosa para señoritas de familia rica y en parte así era, sólo que eran muchachas castigadas en una cárcel privada y encubierta, sometida

al mando totalitario de Jennifer sin que ninguna autoridad la controlara, puesto que Wood House no estaba reconocido como lugar de internamiento forzoso.

Antes de llegar a lo alto ya se podían oír pasos, corredizas, todo no debía estar en el orden que la directora exigiera.

Ursula y Bette habían estado apremiando a las internas para que todo estuviera limpio y presentable. Para ello, habían sido abiertas todas las puertas de los dormitorios transformados en celdas.

Sisely había aprovechado aquella situación de cierto descontrol para pasar a la habitación de Daniela que ya no respondía a sus llamadas.

Nadie le impidió entrar en la celda, tan fácil de abrir desde el exterior e imposible desde el interior.

—Daniela, Daniela...

Daniela no respondía, se hallaba en la cama y de espaldas a la puerta. Sisely avanzó hacia ella y buscó su rostro, un rostro frío y azulado, un rostro que no engañaba.

—¡Daniela!

La muchacha no se movía. Su corazón rebelde pero débil había dejado de latir dentro de su pecho. Su espíritu ya no estaba en aquella celda, todavía sin calentar pese al brasero que habían puesto para falsear la situación en que estaba.

—¡Dios mío, está muerta, está muerta!

Cerró los puños llena de rabia e impotencia. Había conocido muy poco a su vecina de cautiverio, pero sentía su muerte como si fuera la de una hermana muy querida.

—¿Qué haces aquí? —inquirió la celadora Bette descubriéndola en la habitación.

—¡La habéis matado, la habéis matado! —le gritó.

—¡Ursula, saca a ésta de aquí! —pidió Bette asomándose al corredor.

Sisely salió de la celda donde yacía el cuerpo sin vida de Daniela. Una pulmonía galopante junto con malos tratos, mala alimentación y sin atención médica, había puesto el hilo de su precaria vida en el filo de la guadaña de la muerte.

Ya en el corredor, se encontró frente a la corpulenta Ursula. Trató de sortearla para evitar ser golpeada por aquella bruta sin cerebro.

—¡Asesinas, asesinas! —gritó Sisely cuando aparecían por el corredor la directora Jennifer y junto a ésta, Frank J. Warner, alto, varonil, fuerte, que se fijó de inmediato en aquella muchacha desesperada.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre.

—Estas chicas a veces tienen ataques de histeria, por eso sus familias me piden que las cuide por un tiempo —explicó Jennifer.

—¡Asesinas, habéis matado a Daniela, la habéis matado!

—¡Ursula, enciérrala! —ordenó la directora, tajante y muy molesta.

Ursula consiguió atrapar a Sisely. La alzó en el aire y pese a que la joven pataleaba, no lograba escapar a los brazos gorilescos de la celadora que la empujó al interior de la celda y después cerró la puerta.

No tardaron en oírse los golpes contra la hoja de madera.

—¿Quién ha muerto? —inquirió Frank.

—Nadie, la chica desvaría.

—Sería mejor oírla, ¿no cree?

—No. Aquí, quien da las órdenes, soy yo. Están bajo mi responsabilidad, son chicas difíciles y no es fácil controlarlas. Aunque usted sea hijo del propietario de esto, las familias de estas muchachas me las han confiado a mí.

—De todos modos, esa joven está hablando de asesinato y muerte.

—Tonterías. Además, creo que la visita debemos darla por terminada, le he mostrado ya demasiado, no he debido dejarle subir hasta aquí. Las jóvenes tienen derecho a que se respete su intimidad. Usted es un hombre y no debe estar aquí. Las familias de ellas se indignarían de saber que ha estado usted aquí.

Frank Warner no podía dejar de oír los gritos de Sisely y los golpes contra la puerta. Ursula y Bette no sabían qué hacer, pero los golpes que daba Sisely pronto dejaron de estar solos porque comenzaron a oírse más golpes en las otras puertas que encerraban a las restantes jóvenes.

La protesta se multiplicaba y unificaba.

—Por favor, vamos abajo. Ha alterado usted el equilibrio de la residencia, no he debido dejarle subir.

Frank, muy poco convencido, bajó la escalera. Poco después,

abandonaba al trote la residencia.

El frío le envolvió, pero era un frío sano, un frío menos desagradable que el que se respiraba dentro de Wood House.

CAPÍTULO VIII

Sisely había llorado mucho.

Aquel día, no abrieron la puerta de su celda y, en consecuencia, no había comido al mediodía, aunque tampoco había notado su falta.

Cuando había llegado a suponer que todo el despotismo y el egoísmo del mundo se concentraban en su propio padre, acababa de descubrir que había mundos peores. Wood House encerraba a jóvenes como ella, las torturaba y llegaba a matarlas sin que nadie se preocupara de ello. ¿Terminaría cómo Daniela?

Pensó en el hombre que viera junto a la directora, un hombre alto, joven, bien parecido, viril y con empaque. No había podido verle bien la cara, pero se empeñaba en creer que aquel desconocido para ella no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo en la residencia-reformatorio.

Había pasado también la hora de la cena. No podía saberlo por un reloj porque ninguno tenía. La luz diurna había desaparecido y al otro lado de la ventana reinaba la oscuridad. El cielo se hallaba encapotado y ni siquiera tenía la claridad que la luna pudiera darle al intentar traspasar las capas de nubes. No había estrellas, no había luna, sólo oscuridad y frío.

Se abrió la puerta de la celda y apareció la ex-monja Bette con un quinqué de queroseno y tulipa opal en una mano para hostigar la oscuridad total en que se hallaba Sisely, la cual se sintió herida en los ojos por la luz. En la otra mano, Bette llevaba un plato y una taza con leche caliente.

—¿Cómo estás, muchacha, te has calmado ya? —preguntó la ex-monja tratando de transmitirle confianza e incluso afecto.

La ira, la rabia, habían dejado paso a la tristeza, a la impotencia y después, al agotamiento. Se sentía sumida en un pozo negro, húmedo y frío al que no veía la salida.

—Todo pasará muchacha, todo pasará —le fue diciendo Bette mientras se le acercaba. —Habéis asesinado a Daniela.

—Has de tranquilizarte, las desgracias ocurren en la vida. Hace frío, pórtate bien y saldrás pronto de Wood House. —Le guiñó un ojo —Yo puedo ayudarte, me caes bien.

—Daniela ha muerto —gimió Sisely.

—Estaba delicada, el frío, una pulmonía o algo así. En la vida sólo llegan al final los fuertes y los flexibles. Anda, tómate la leche, no vayas a enfriarte tú también. Debes estar débil, no has comido en todo el día y hace frío.

Le puso la taza de leche caliente en la mano. Antes de acercársela a los labios, Sisely preguntó:

—¿Quién era el hombre?

—¿El hombre? Ah, sí, es el hijo del propietario de Wood House. Un joven apuesto, ¿eh? Vamos, tómate la leche, le he puesto un poco de miel, te sentará bien. Mañana lo verás todo de diferente manera.

—¿Y Daniela?

—No te preocupes por ella, su familia vendrá a recogerla y la llevará con los suyos.

—Al cementerio —gimió Sisely comenzando a beber la leche.

No había aparente agresividad en la ex-monja Bette que incluso había dejado la puerta de la celda abierta con despreocupación.

Al sentir dentro de su cuerpo la leche caliente, Sisely se sintió mejor, más reconfortada.

Bette no dejaba de observarla atentamente con sus ojillos inquisitivos.

—Alguien tiene que contarle a la familia de Daniela lo que le hicieron a esa chica.

—Claro que sí, Sisely, claro que sí —aceptaba Bette pacientemente sin llevarle la contraria.

Pasaron los minutos y la ex-monja no se iba.

—Vamos, desnúdate y ponte ese camisón —le señaló una camisa de dormir que estaba en la silla.

—No me siento muy bien, hace frío.

—Vamos, vamos, yo te ayudaré —le dijo Bette tratando de ayudarla.

Poca ropa había que quitarle a Sisely para desnudarla. Luego,

fue vestida con una bata de lana blanca que se abría por delante.

Bette tomó a la joven de la mano y se la llevó con suavidad haciéndola salir de la celda mientras se iluminaban con el quinqué.

Sisely no oponía ninguna resistencia, carecía de fuerzas, de rebeldía. Mientras avanzaban por el corredor en dirección a la amplia escalera, a Sisely le parecía que todo había cambiado en dimensiones, quizás porque lo veía a la luz del quinqué vacilante que la ex-monja llevaba en su zurda, pero todo le parecía más grande, más inalcanzable y devoraba su precaria seguridad.

Necesitaba la mano de Bette para sentirse agarrada a algo.

Descendieron por la amplia escalera que le pareció más larga, casi interminable y peligrosa. Un extraño vértigo amenazaba con precipitarla peldaños abajo.

Era como si se hubieran abierto para ella las grandes puertas del mundo de los sueños para entrar en la tenebrosidad de angustiosas pesadillas. Todo tenía un aire inseguro, fantasmal. Ella misma no estaba segura de si estaba despierta o inmersa en un sueño que la abocaba a un final impredecible en el que no podía retroceder.

Bette la condujo a una puerta que se abría en la pared debajo de las escaleras, una puerta que se abrió con facilidad.

Siempre iluminadas por el quinqué y en medio del silencio plagado de pequeños ruidos del antiguo caserón en el que la madera era la base material de la construcción, quedaron ante una escalera que en nada se parecía a la que habían dejado atrás. Era estrecha, sucia, y descendía al sótano.

Sisely seguía con la sensación angustiosa de que no pisaba con firmeza los peldaños ni el suelo. Tenía miedo y sentía como si le faltara aire para respirar.

El sótano era grande. Había carbón, toneles, sacos, humedad, una atmósfera particularmente opresiva.

—¿Adónde me lleva?

Avanzaron sorteando sacos y toneles hasta llegar a una pared en la que había estantes. Bette debió mover un resorte porque un pedazo de aquella pared giró sobre un eje dejándoles el paso libre a un túnel por el que avanzaron hasta llegar a una especie de sala o gruta, iluminada por gruesas velas, siete de ellas negras y una octava roja.

Allí olía distinto, como si hubieran quemado hierbas aromáticas

de exótica e ignorada procedencia.

Una vieja chimenea dejaba arder en su seno unos leños retorcidos. Colgado en el techo había un gran espejo de figura octogonal alargada asimétrico pero proporcional. Dos de sus lados, enfrentados el uno al otro, eran más largos que los seis restantes.

Recién llegada a aquella sala o gruta, Sisely no podía ver cuánto había por las paredes y colgaba de los techos. Justo debajo del espejo octogonal y a no más de tres pasos de los leños que ardían en la chimenea, había una especie de diván o litera cubierta con terciopelo rojo.

—¿Cómo te encuentras, Sisely? —preguntó de pronto una voz que la sorprendió.

Se volvió. De donde sólo creía que había oscuridad, surgió la directora Jennifer vestida con una túnica negra. Llevaba una cadena alrededor del cuello de la que colgaba un gran medallón octogonal con un dragón tallado en alguna extraña piedra preciosa de tonalidades rojas.

—¿Qué hago aquí, que es esto? —preguntó Sisely apenas sin voz. No podía ni llegar a imaginar que la taza de leche con miel que le diera a beber la ex-monja Bette, llevaba disuelta una droga que había anulado su personalidad, su rebeldía.

—Te dije que me gustaría pintarte. Eres la muchacha más hermosa que ha llegado a esta residencia. Eres especial, pero también la más rebelde. Has empezado a causarme problemas, mi querida niña virginal, y no has hecho más que llegar.

—Usted es mala, es mala.

La acusación salía sin fuerza de entre los labios de Sisely. Jennifer, en vez de sentirse ofendida o molesta, dominaba la situación, estaba en sus dominios.

Sisely tuvo más miedo, las palmas de sus manos comenzaron a sudar fríamente. Buscó con la mirada a la ex-monja, pero ésta había desaparecido.

—Tú serás mi mejor cuadro y él me recompensará.

—¿El?

En vez de responder a la cortísima pregunta, la directora la empujó suavemente hasta la litera para obligarla a sentarse en ella. Después le pidió con voz grave:

—Tiéndete y descansa, descansa.

No pudo oponerse. No había resistencia en Sisely pese a que, en lo más hondo, su propia voz le gritaba algo que no lograba entender. Era como si su conciencia y su espíritu hubieran sido recluidas en algún compartimiento de su cerebro, encerrándolas allí para que no molestara en aquel cuerpo sometido al dominio de la personalidad y las drogas de aquella autoritaria mujer que no dejaba que su belleza se marchitara.

Quedó tendida en aquella especie de tálamo rojo viéndose reflejada en el espejo octogonal que había sobre ella. A su derecha, los leños seguían ardiendo lentamente sin demasiada llama.

—Aquí todas os volvéis dóciles porque así debe ser. El futuro será vuestro y la enseñanza de los futuros hijos que saldrán de vuestros vientres también será vuestra, es decir, de mi señor, porque a él ofreceréis vuestros vientres, vuestras entrañas y el fruto de ellas —decía Jennifer como salmodiando, recitaba una letanía bien aprendida.

Como si abriera en canal un animal destinado al sacrificio, la directora Jennifer abrió la camisa larga de lana blanca que cubría el cuerpo de Sisely dejando al descubierto desde el vientre hasta el cuello de la muchacha.

Sus pechos jóvenes y fuertes estaban alzados, los pezones enhiestos y reflejados en el espejo octogonal, apuntaban de nuevo hacia ella como dos sutiles fuentes dispuestas a dejar manar leche de un instante a otro.

—¿Qué hace? —preguntó débilmente.

Jennifer se había convertido en una especie de sacerdotisa del reino de las tinieblas. En su zurda sostenía un tarro de una pasta cremosa pardo oscura y con los dedos de la diestra tomó una porción de ella trazando una línea recta que iba del cuello al pubis de la joven. Tomó más crema e hizo otra línea recta sobre el vientre cruzándola sobre la anterior y dibujando de esta manera una cruz invertida.

Siguió tomando porciones de aquella crema que olía de forma nauseabunda y picante y untó las axilas y los pechos de Sisely pese a que la muchacha trataba de protestar, pero nada podía hacer por rebelarse, estaba encadenada por el brebaje que malignamente le hicieran beber.

Hábilmente, fue presionando el ungüento contra la piel de la

joven para que fuera absorbido. Sisely notó un calor que iba en aumento en torno a los pechos y las axilas mientras el calor le subía también por el vientre y terminaba por encenderle la cara.

Jennifer dejó de introducir en su cuerpo a través de la piel aquella pomada que encendía su sangre y reapareció llevando entre sus manos la bola blanca de cristal en la que, como pegado a ella, estaba el pequeño dragón. Se situó a los pies de Sisely que seguía tendida, con los ojos encendidos por un extraño fuego que la devoraba por dentro.

Sisely pudo ver a Jennifer a través del espejo octogonal que colgaba en el techo sobre ella, la vio sosteniendo la bola blanca y el dragoncito. Todo cuanto la muchacha veía era lo que se reflejaba en el espejo octogonal.

—¡Señor! —gritó Jennifer con fuerza, casi temblorosa, alzando la bola de cristal— ¡Te ofrezco el sacrificio de esta virgen, será tuya y yo la inmortalizaré en el lienzo para que sea joven eternamente! El fruto de ella será tuyo y tus legiones en el mundo de los mortales crecerán como las aguas de los ríos en las tormentas desatadas. Mi señor, recoge esta ofrenda, tu esclava Jennifer te lo suplica.

Cambió el lenguaje, que se hizo incomprensible para Sisely.

De súbito, los leños que ardían lentamente en la antigua chimenea ardieron de una forma vivísima. La chimenea se llenó de fuego y semejó que las llamas fueran a escapar de su encierro ya devorar el entorno.

Sisely sintió la oleada de calor y creyó que se ahogaba, que se quemaba viva. Abrió mucho los ojos que le ardían y siguió viendo su imagen en el espejo.

Su cuerpo, rebosante de belleza, estaba como suspendido sobre ella y vio la bola de cristal blanca por la que comenzó a caminar el pequeño dragón.

Saltó de la bola de cristal al cuerpo de Sisely que vio avanzar a la repugnante bestia sobre ella. Llegó a su vientre y luego se abrió paso entre los pechos que a causa del calor que sentía se hallaban como encendidos, morados de color, eróticos hasta lo inimaginable.

El dragón posó sus patas armadas con pequeñas garras sobre ellos y así se paseó sobre el cuerpo desnudo de la joven que no podía soportar aquella visión.

Era ella, ella misma y no otra y la pequeña bestia se paseaba por

su cuerpo como considerándola sus dominios.

—¡Nooo, nooo, nooo! —chilló.

Bruscamente, el pequeño dragón saltó de cabeza hacia su boca abierta con la determinación de introducirse en su garganta.

Sisely ya no podía gritar, el dragón trataba de penetrar en su cuerpo. Ella quiso asirlo con las manos. Se palpó el cuello, la boca y no tenía nada; sin embargo, sus ojos veían su imagen en el espejo y estaba tragándose el repugnante e infernal dragón, o quizás no se lo tragaba, sino que él luchaba por entrar en el cuerpo femenino.

Lanzó un grito que semejaba iba a hacer estallar sus cuerdas vocales, un grito que fue muy largo y que parecía que se prolongaba y alejaba como si ella estuviera cayendo en un abismo en cuyo fondo sólo había tinieblas. Pero antes de sumergirse en ellas, antes de que su mente se oscureciera, vio una imagen, un rostro de hombre: Era el de Frank J. Warner que parecía mirarla desde el otro lado de un infranqueable muro de cristal.

CAPÍTULO IX

—He visto Wood House —dijo Frank a su padre que, encajado en su silla de ruedas, se hallaba al otro lado de la suntuosa mesa escritorio.

—¿Y qué te ha parecido?

—Creo que no es el mejor lugar para vivir y que hasta puede ser difícil tratar de venderla a alguien o a alguna comunidad religiosa o académica.

—Entonces, ¿no quieres Wood House en compensación de lo que te dejó tu madre? — preguntó en tono despectivo.

—Todavía no lo he decidido.

—¿A qué esperas entonces? Ahora es invierno, hace frío, habrás visto niebla y nieve por allá. Si esperas a la primavera, habrá buena temperatura y aire muy limpio, hasta puede resultar un buen sitio para utilizarlo como lugar de reposo.

—¿Qué es exactamente Wood House?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque lo que he visto no me ha gustado.

—¿Qué es lo que no te ha gustado? —quiso saber George entrando en el despacho e interviniendo en la conversación.

—¿Qué es aquello? —insistió encarado con el padre, sin responder a George que seguía a sus espaldas.

—Un internado para señoritas, ya lo habrás visto.

—Sí, un internado para señoritas, pero en contra de la voluntad de ellas. ¿No es cierto?

—Si lo quieres, puedes continuar con ese negocio o cerrar el establecimiento.

—Mejor que lo deje, aquello no le interesa. Ya encontrará otra manera de pagarle, padre.

En esta ocasión, Frank sí se volvió para encararse con su hermano.

—¿Por qué tanto interés en que no me quede con Wood House y que siga como está, George?

—Bueno, yo... En realidad me parece bien que exista una institución para la reeducación de señoritas de familias ricas.

—¿No será porque frecuentas mucho esa residencia con propósitos poco claros?

Ante aquella pregunta tan directa, George se sonrojó.

—¿Qué embuste te han contado?

—¿De veras vas mucho por Wood House, George? —inquirió el padre.

—¿Yo?

—¡Responde! —exigió el padre con dureza.

—Alguna vez he ido.

—¿Por qué?

—Conozco a la directora. Después de todo, algún día, cuando...

—Dilo, cuando yo muera.

—Es ley de vida, padre. Algún día, Wood House será de mi propiedad y es conveniente que sepa de qué va el negocio.

¿Y cuándo apareces por Wood House, de noche o de día? —preguntó sarcástico Frank.

—No te voy a tolerar...

—Aquello es una especie de reformatorio —puntualizó Frank agrio.

—Es posible —admitió el padre, y añadió —: Sus familias son quienes piden su interna— miento y pagan bien. No ha de saberse que las chicas están en Wood House, sino que han marchado al extranjero. Allí se reeducan y luego vuelven con sus familias para casarse con quienes sus padres eligen. ¿Es malo eso, acaso?

—Dicho así, quizás no, pero ¿quién decide sobre la reeducación y los castigos que han de soportar esas muchachas?

—Yo tengo una institución que me da un dinero y no fuerzo a nadie a aceptarla. La dirección está en manos de Jennifer Pilson.

George opinó:

—Jennifer es muy inteligente.

—No lo dudo —aceptó Frank—, pero ¿de dónde ha salido esa mujer?

—El banquero Bernstein me habló de ella para llevar este negocio porque al fin y al cabo, es un negocio. Yo no sabía bien qué

hacer con Wood House.
—¿Es cierto que las muchachas son maltratadas y mueren en Wood House? —inquirió Frank.
—¿Que las muchachas mueren allí dentro? —El anciano soltó una risita sarcástica.
—En cualquier institución puede morir un internado por enfermedad o accidente — opinó George.
—He oído a una muchacha llamar asesinas a la directora y a las vigilantas, las ha llamado asesinas porque había una chica muerta.
—¿Una chica muerta? No sabía nada. Lo que haya sucedido, la directora me lo comunicará y yo, como es lógico, a las autoridades —respondió el padre deseando zanjar aquel tema.
—Puede que esa muerte no haya sido tan natural —aventuró Frank.
George gruñó:
—Pero, ¿tú has visto a la supuesta muerta?
—No, pero aquella chica...
—Si no la has visto, nada puedes asegurar. Allí las chicas gritan mucho, se ponen histéricas porque quieren escapar. No les gusta la reeducación y además cuentan muchas mentiras.
—¿Esas son las explicaciones que te da tu amiga la bella directora, George?
—¡Basta ya! —exigió el padre— Esperaré a que la directora me dé el informe, eso será todo y de lo que ella haga, no quiero saber nada. Sólo quiero el rendimiento económico de Wood House, sólo eso.
—¿Y que las jóvenes allí internadas sufran torturas o incluso la muerte no te importa?
Antes de que el padre y George respondieran, entró en el despacho el mayordomo con actitud preocupada.
—Señor...
—¿Qué pasa? —inquirió molesto porque aquella conversación le irritaba.
—Ha venido la policía y unos militares, señor.
¿Policía y militares, y qué quieren?
—Verles, señor, y especialmente al señorito George.
—¿A mí? —preguntó George que había palidecido intensamente, augurando problemas para él.

—¿Es usted George J. Warner? —inquirió una voz oscura pero sin vacilaciones.

Todos miraron hacia la puerta. Allí había un hombre vestido de negro con el sombrero bombín en la mano. Junto a él, un capitán del ejército vestido de uniforme y tras ellos, varios soldados armados.

—Sí, soy yo. ¿Qué sucede?

—Un momento —cortó el padre— ¿Cómo se han atrevido a irrumpir de esta manera?

—Hemos llamado a la puerta, señor. Usted debe ser el señor Warner.

—Así es, el propietario de esta casa y me quejaré a sus superiores.

—Haga lo que crea conveniente, señor. Estamos aquí cumpliendo nuestro deber, lo mismo el capitán Steward que yo.

—¿Y se puede saber por qué buscan a mí hijo George?

El policía y el capitán del ejército se encararon con George que estaba lívido y si tenía que responder, parecía que las palabras no le saldrían bien por entre los dientes.

—Han desaparecido dos oficiales del ejército.

—¿Y yo qué tengo que ver? —preguntó George tragando saliva.

El capitán no decía nada, dejaba actuar al policía que explicó:

—La última vez que se vio al teniente Twig y al teniente Ousel, fue en la taberna y usted estaba con ellos, hay testigos. Después, salieron los tres juntos y a ellos ya no se les ha vuelto a ver.

—¿En la taberna, y yo con ellos? No recuerdo. Había bebido algo y quizás sí les vi, pero no lo recuerdo.

—Será mejor que su memoria se refresque —advirtió el policía.

—Mi hijo dice que no recuerda. ¿Quién no ha bebido un poco de más y olvida lo sucedido en una taberna? —gruñó el anciano paralítico.

Por primera vez, intervino el capitán.

—Como los dos tenientes tienen que aparecer, nosotros le ayudaremos a recordar.

—Sírvase acompañarnos —pidió el policía.

—Si van a arrestarlo, tienen que traer una orden —puntualizó el padre.

_ Nos va a acompañar por las buenas, porque sólo se trata de

una declaración — puntualizó el capitán del ejército—, pero si lo desea, traeremos una orden de arresto y es posible que entonces lo encerremos en una mazmorra. De todos modos, no podría escapar, porque voy a poner soldados armados en todas las puertas que pueda haber en esta casa.

George tragó saliva.

—Está bien, si sólo se trata de una declaración... Pero les advierto que no recuerdo nada, estaba bebido.

—Si recuerda que estaba bebido el día de la desaparición de los tenientes, es que ya recuerda algo —le dijo el policía— Vamos.

George abandonó la casa de su padre escoltado por los soldados armados.

—¿Es que no vas a ayudar a tu hermano?—rugió el padre.

¿Cómo? Se lo llevan para declarar. Espero que de verdad no sepa dónde están esos dos oficiales desaparecidos, estoy oyendo demasiado la palabra "muerte".

—¡Entre todos vais a matarme!

—Padre, tome una hoja y escriba que desde este preciso momento Wood House pasa a ser de mi propiedad.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Tengo que ir a Wood House para averiguar lo que allí sucede, pero antes pasaré a ver al banquero Bernstein para que me hable de la directora Jennifer Pilson.

CAPÍTULO X

La gruta era angosta. Una débil claridad la iluminaba, una luz que parecía brotar de las propias paredes, pues allí no había antorchas ni lámparas. Paredes y techos eran de rocas protuberantes y hostiles.

El rugido estremeció a Sisely, llegó a ella envolviéndola terroríficamente. Aquel rugido recorría la gruta como por un tubo acústico, pero ella estaba dentro de él y el sonido hacía vibrar cada una de las células de su cuerpo. Miró en una dirección y otra esperando verle aparecer.

—¡Socorro, auxilio! —gritó con voz aguda e incontrolada. Su miedo se había transformado en terror, un terror que se había metido en su sangre y al llegar al corazón, lo hacía palpitar con tal fuerza que semejaba querer saltar de su pecho rompiendo el costillar, reventando sus espléndidas mamas. Luego, aquella sangre cargada de terror llegaba al cerebro y allí enturbiaba sus sentidos, paralizaba sus músculos, secaba su paladar y hacía sudar fríamente las palmas de sus manos y pies.

El monstruo apareció de improviso, como poseedor de una gran agilidad y rapidez.

Se detuvo a pocos metros de ella y la miró fijamente con sus ojos redondos y negros con puntos rojizos en sus iris. Sisely era su presa.

El dragón estaba allí en mitad de la gruta, ocupándola por entero, como si se la hubieran hecho a medida para que pudiera caminar por ella y trasladarse de un lugar a otro.

Ya no era el pequeño dragoncito, se había agigantado. Abrió su boca y sacó su lengua larga y redondeada, fálica, que casi llegó hasta ella.

Sisely supo que no deseaba precisamente devorarla y se aterró aún más echando a correr por la gruta. Corría y el dragón la perseguía rugiendo, haciéndola tambalearse hasta el punto de que

cayó al suelo quedando boca abajo.

Sintió entonces la hedionda vaharada tras ella, una vaharada caliente, pegajosa.

"Eres mía, eres mía...", semejaba rugir la bestia surgida de los abismos infernales.

—¡Nooo, nooo!

Consiguió gatear primero y ponerse en pie después para seguir corriendo y escapar de la repugnante lengua que parecía despedir fuego en su punta.

Otra caída y sería alcanzada por el maligno dragón que la perseguía. No había escapatoria, la gruta era como una ratonera y Sisely era la pequeña roedora atrapada en ella.

De pronto, descubrió con pavor que la gruta llegaba a su fin y no daba al exterior, sino que se cerraba en una pared igualmente rocosa.

—Dios mío, no, no...

Una bocanada de aire fresco le llegó por encima de la cabeza cuando el monstruo había vuelto a detenerse a corta distancia de ella para observarla atentamente y sus ojos parecían reír de maldad. La había alcanzado, no tenía escapatoria.

La joven miró hacia lo alto y vio una pequeña luz, era la luz de la vida, de la salvación, pero estaba demasiado lejos, inaccesible.

Sin embargo, dio un salto y se pegó a las paredes de lo que parecía un pozo, pero los salientes rocosos del mismo eran tan acusados que podía ascender agarrándose con las manos y apoyándose con los pies desnudos. De nuevo notó la vaharada nauseabunda de la bestia que procedía de más abajo, la punta de la lengua que trataba de alcanzarla tocando sus pies.

La joven chillaba apartando sus pies a cada contacto de la bestia, contactos ardientes y húmedos que notó en sus piernas porque la bestia ascendía por debajo de ella.

—¡No, no, no!

Se incorporó violentamente cuando creía iba a ser alcanzada y en sus pupilas brilló una luz.

—Tranquila, tranquila, sólo era una pesadilla —la calmó Bette riéndose. La ex-monja sostenía la lámpara de queroseno en una mano mientras le alargaba una taza de leche con la otra

—Anda, bebe y te tranquilizarás, no tendrás más sueños malos.

Miró a la mujer, luego a la taza de leche que olía de forma extraña y de un manotazo la arrojó lejos de sí.

—¡Estúpida! —gritó Bette.

Sacando fuerzas de flaqueza, Sisely empujó a la celadora haciéndola caer de espaldas al suelo.

La joven no se lo pensó más y saltando de la cama sólo vestida con la camisa de dormir, echó a correr por el pasillo. Tenía que escapar, tenía que escapar, se repetía.

Huyó como en una prolongación de su pesadilla lanzándose escaleras abajo, pero como una bestia maligna, apareció Ursula, subiendo hacia ella al descubrirla.

Sisely se detuvo. Trató de retroceder, pero Ursula consiguió alcanzarla por un tobillo y la hizo caer contra los escalones. Sintió el duro golpe contra el costado, pero pudo propinar una patada contra el rostro de la brutal Ursula que cayó de lado. Mas, era demasiado fuerte para quedar vencida y se rehízo antes de que Sisely pudiera intentar escapar de nuevo.

La agarró por los cabellos con la diestra y con la zurda le retorció una mano colocándosela a la espalda al tiempo que silabeaba entre dientes y la nariz le sangraba por la patada recibida.

—Te romperé todos los huesos si te resistes.

—¡Ursula! —gritó Jennifer apareciendo al pie de la gran escalera. Celadora y víctima la miraron— No la destroces como a una muñeca inservible, bájala al santuario.

—Ya lo has oído, muñequita, abajo —gruñó Ursula tirando brutalmente de los cabellos de la muchacha.

La obligó a entrar en el santuario de los óleos donde había pintadas otras muchachas como ella. Todas tenían algo en común: El pequeño dragón pintado sobre sus tersos vientres.

—¡Míralas, míralas! —le gritó la directora Jennifer—. Eran jóvenes como tú, ahora son propiedad de mi amo.

—¿Su amo, quién es su amo?

—Un príncipe de las tinieblas. Se muestra con formas de dragón, pero puede transformarse en lo que desee.

—Su amo, su amo… ¿No será usted misma ese dragón? —preguntó Sisely.

La directora comenzó a reír como una loca. Sus carcajadas parecían hacer temblar a las jóvenes pintadas desnudas en los óleos.

—Los misterios de las tinieblas son más insondables de lo que muchos estúpidos humanos creéis —le dijo con una voz extremadamente grave—. Tú has pasado la primera fase del ritual. Ahora, tengo que pintarte como a las demás. Tu cuerpo, tu imagen siempre joven, quedará colgada en este santuario formando parte del harén de mi señor.

Tu cuerpo envejecerá, pero tú estarás aquí siempre joven y hermosa.

—Yo no estaré aquí, sólo estará mi pintura.

Ante la protesta de Sisely, Jennifer volvió a reír y después explicó:

—Ellas están aquí pintadas y la esencia de su espíritu está dentro de cada una de esas pinturas. Sus cuerpos se apagaron cuando yo colgué aquí estos lienzos, porque estos no son simples óleos, son ellas mismas. Míralas a los ojos y verás cómo te observan.

Sisely observó a las muchachas pintadas y, efectivamente, le pareció que la miraban con ojos tristes que en nada correspondían a las sonrisas de sus labios.

—Te has dado cuenta de que están vivas, ¿eh?

Volvió a reírse y Sisely temió que aquella carcajada acabara enloqueciéndola.

—Te ofrecí a mí señor y él te aceptó, ahora será la entrega. Cuando tu imagen esté pintada, invocaré los poderes del averno y tu espíritu saldrá de tu cuerpo para fijarse en esa pintura. Jamás volverás a ser díscola o rebelde. Pintaré el dragón en tu vientre y eso significará que tus entrañas pertenecerán a mí señor.

—¡Nooo!

Ursula tuvo que sujetarla más fuerte para que no escapara.

—¡Bette, trae la leche con...!

—No va a traer nada —dijo una voz inesperada.

—¡Frank! —exclamó Jennifer al descubrirle en el umbral de la puerta del santuario de las pinturas.

—Sabía que aquí se torturaba a las chicas, pero esto se ha terminado. Queda despedida, el dueño ahora soy yo.

—¡Ursula, mátalo! —ordenó tajante la directora.

Ursula soltó a Sisely arrojándola al suelo. Sacó su porra y se abalanzó contra Frank que, pese a ser alto y fuerte, tuvo que aguantar la embestida de aquella mujer brutal que más parecía un

luchador profesional.

Sisely observó que Jennifer aprovechaba la situación para sacar de su vestido una daga que lanzó un destello asesino mientras Ursula luchaba con Frank Warner.

Traicioneramente, trató de hundir el afilado acero en el cuerpo del hombre.

—¡Cuidado! —chilló Sisely.

Jennifer asestó el golpe letal cuando Frank hizo girar el cuerpo de Ursula que forcejeaba con él y la daga se clavó en el costado de la celadora que chilló como un cerdo herido de muerte.

—¡Asesina! —le recriminó Frank soltando a Ursula que se derrumbó pesadamente con el arma clavada hasta la empuñadura.

Jennifer trató de escapar en alocada carrera. Frank la alcanzó por los cabellos cuando un grupo de soldados al mando de un oficial llegaban a Wood House.

—¡Que nadie se mueva! —gritó el oficial mientras el sombrío policía que le acompañaba empujaba a George hacia el interior del caserón.

Débil y alcohólico como era, no había resistido mucho el severo interrogatorio a que le sometieran.

EPILOGO

Míster Ransell, el padre de Sisely, no opuso reparos para que su hija pudiera casarse con Frank J. Warner.

—No está mal... Es joven, fuerte y rico heredero. El que hayan ahorcado a su hermano no le mancha a él y su padre está agonizando...

—Padre —le dijo Sisely— no volveré nunca más por esta casa.

—Hija, sólo traté de reformar tu carácter.

Sisely besó a su padre fríamente en la mejilla. Se apartó luego de él y dijo:

—Es mi último beso, padre, no espere jamás otro de mí.

Afuera, en un carruaje, la esperaba Frank. Sisely se acomodó junto a él y preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Te llevaré unos días con una tía mía hasta que celebremos la boda, pero antes he de ir a casa del abogado, voy a vender Wood House.

—¿Venderlo? ¡Gracias a Dios! Sí, es mejor que te desprendas de esa maldita residencia.

Llegaron al bufete. Allí aguardaba una monja que sonrió beatíficamente a los recién llegados. Vestía de negro con ribetes rojos y no llevaba cruz alguna.

—Cuando quiera, señor Warner, firmaremos el contrato de compra-venta —le dijo el abogado.

Sisely miró los ojos de la monja y le pareció que los conocía, que los había visto en algún otro lugar. Mentalmente, se dijo:

"Si no supiera que ahorcaron a aquella bruja de Jennifer y la enterraron en la fosa común, juraría que es ella".

Y le pareció que la extraña monja sonreía sarcástica, como si leyera su pensamiento.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 100 Pts